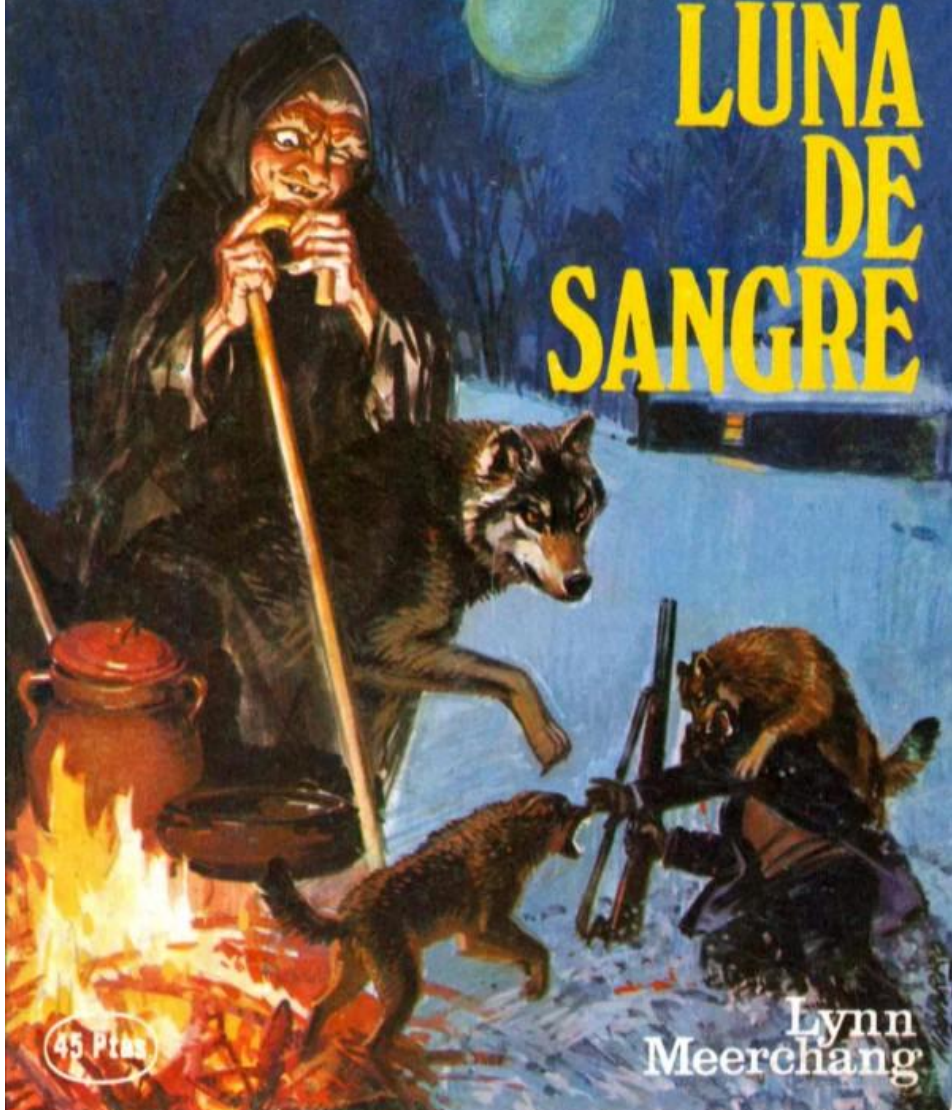




BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LUNA DE SANGRE



45 Ptas

Lynn
Meerchang



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© L. MEERCHANG

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03322-3

Depósito legal: M. 42.843 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

LUNA DE SANGRE

Lynn Meerchang

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

SONJA seguía los movimientos de la anciana Henge con religiosa atención.

La vieja había prendido la leña depositada sobre el hogar. Ramas delgadas, húmedas, sobre las que habían destilado mil nieves del invierno.

Lógicamente la hoguera prendería con mucha dificultad.

La vieja Henge no había utilizado cerillas, ni siquiera un mechero u otro medio normal para prender fuego a un montón de miserables ramas que goteaban sobre la ceniza fría.

No, no había hecho nada de eso.

Había buscado en el viejo armario, sahumado por otras mil hogueras. Sus dedos sarmentosos habían hurgado sabiamente en aquel montón de saquitos misteriosos donde la sibila guardaba sus tesoros indescifrables.

Algo llevaba entre los dedos agarrotados.

Al acercarse al hogar, la vieja Henge se bamboleaba a izquierda y derecha como un viejo navío sin rumbo.

¡Eran tan delgadas, tan esqueléticas sus piernas...!

Bajo sus sayas oscuras y remendadas, Sonja veía unas viejas medias de punto. También la lana de las medias era negra. O gris, vaya usted a saber, en aquella atmósfera cargada de vapores, de humos, de aromas misteriosos...

Aunque Sonja no fuera una muchacha educada —en el hogar de sus padres todo eran escaseces—, le intrigaba el significado del apellido de la centenaria Henge Anfang^{1}.

¡Toda una cruel paradoja!

La vieja Henge se apellidaba «Principio», cuando bastaba contemplarla un momento para entender que ella representaba el Fin.

La anciana se había agachado junto al pequeño montón de ramas.

Con actitud concentrada —apretados los párpados vibrátiles—, pronunció unas palabras que Sonja no pudo entender.

Pero las oyó, ya lo creo que las oyó.

Incluso podría repetirlas sin dificultad.

Eran:

—*Hansahlla itch magnifikat...*!

Extendió ambas manos sobre la chorreante leña y... ¡prodigio! una

llamarada vivísima brotó entre las ramas y el fuego prendió, vaporoso, ascendieron tufaradas de vapor hacia la estrecha chimenea comida por el hollín y el fuego se avivó inmediatamente.

Se producían chisporroteos que arrojaban nubecillas de chispas hacia las esqueléticas piernas de la vieja, la cual permanecía inmóvil en actitud extática y majestuosa, sin prestar la menor atención al hecho de que algunas chispas chamuscaran sus tobillos.

¡La vieja Henge Anfang...!

Se diría que ella era un ser intemporal, ajeno a la vida misma, por encima de las miserias, de los odios y de los afectos.

Pero no tanto.

De alguna forma, Sonja la quería y... la temía.

En aquellos momentos. Sonja, ingenua, crédula y tímida, sentía que un aura leve la rodeaba, que un elemento que no era meramente físico recorría su cuerpo y la obligaba a estremecerse de los pies a la cabeza.

El fuego ardía alegremente ya.

A los primeros relumbres verdosos y a las tufaradas de denso vapor habían sucedido las dinámicas llamas, el leve chisporrotear, el calor de vida que tonificaba los músculos y devolvía el ritmo lento y acompasado a la respiración.

La vieja tenía en las sarmentosas manos un viejo atizador de hierro. A pesar de su extremada endebles, manejaba aquel útil con soltura, atizando la lumbre, reuniendo las todavía escasas ascuas, empujando las ramas hacia el centro del maravilloso esplendor rojizo-dorado que suponía el meollo de la lumbre.

Sonja amaba a la vieja Henge porque la sabía débil, gastada, inofensiva, inerme. Pero la temía por una sola razón: sus raros conocimientos que escapaban a la razón y a la comprensión de una muchacha de dieciocho años.

Henge era capaz de provocar no pocas maravillas, a una de las cuales acababa de asistir, entre maravillada y humilde, Sonja: la de la propagación instantánea del fuego sin que la bruja hubiera empleado ninguno de los medios comunes para encender una hoguera.

La vieja se había dejado caer sobre una silla renqueante y extendía sus largos brazos hacia el fuego y Sonja la contemplaba con una mezcla indefinible de veneración, amistad, confianza, respeto y... miedo.

Debía haber sido muy guapa aquella mujer en su juventud.

Sus cejas, ahora canosas y ralas, se elevaban con un arco enigmático hacia los parietales.

Sus ojos, desmintiendo sus apellidos teutones, eran oscuros; recta, bien conformada la nariz, aunque un poco aguileña en el pico. Labios bien dibujados, que todavía seguían conservándose carnosos...

La barbilla era pronunciada, aunque debió ser más redonda en sus años

mozos.

Y... ¡dato extraordinario! Henge Anfang conservaba todos sus dientes en las mandíbulas, sin que ni uno de ellos mostrara la menor señal de caries o cardenillo. Por el contrario: poseía una dentadura perfecta, bien alineada, impecable.

Otro misterio más que añadir a la de por sí enigmática personalidad de aquella mujer a la que todos consideraban una bruja.

Sonja la miraba fijamente.

—Sí. Debió ser una mujer muy bella en su juventud —pensó, admirada. Pero inmediatamente surgió otra pregunta.

Verdaderamente, ¿podía creer que la vieja Henge hubiera sido alguna vez joven?

El padre de Sonja y el padre de su padre habían conocido siempre a Henge. Siempre vieja, con idéntica apariencia.

Si había de creerse esto, Henge Anfang debía tener mucho más de cien años. Pero, bueno, los aldeanos suelen perder la memoria y, por lo demás, son excesivamente dados a las murmuraciones y a creer en prodigios.

El fuego chisporroteaba en el hogar.

Había ya un regular rescoldo de brasas. La vieja tomó otro puñado de ramas chorreantes y lo colocó cuidadosamente sobre las ascuas.

Sonja no se atrevía a plantear su problema a la bruja.

Había llegado a su retirada cabaña una hora antes. Para ello se había visto obligada a pedalear torpemente a lo largo de los senderos helados sobre aquella vieja bicicleta que dejara en el granero su hermano Hans antes de partir... ¿hacia dónde?

Nadie sabía hacia dónde partía la gente. Pero todos se marchaban de Sirestadt, aquella mezquina aldea, cuyos archivos municipales guardaban pergaminos en los que estaban impresos gloriosas historias pasadas y relatos de grandeza que ya, posiblemente, nunca volverían.

El pequeño y angosto valle donde estaba asentado Sirestadt estaba orientado al norte. Había, sí, espesos bosques y madera suficiente para alegrar los hogares de las casas, pero el clima era demasiado inhóspito y la comarca excesivamente alejada para atraer a los jóvenes, los cuales se marchaban hacia las alegres y prósperas ciudades en cuanto conseguían emanciparse.

Eso era lo que había ocurrido con Hans, tan joven, robusto alegre y lleno de vida. Hans se había vuelto taciturno e introvertido cuando llegó a la edad adulta. En cuanto pudo reunir unos cuantos marcos se marchó y jamás volvieron a tener noticia de él sus padres, los Handarbeiter, ni ninguna otra persona del lugar.

Hans se marchó, lo perdieron... Su recuerdo se esfumó en las brumas que se adueñaban del valle en cuanto terminaba el verano. Nieblas densas que no desaparecían hasta que llegaba el verano y que dejaban a Sirestadt

inmersa en un vuelo de tristeza, soledad e incomunicación.

Los viejos católicos se dedicaban a rezar interminablemente al amor de la lumbre. Los jóvenes veían pasar su juventud sin pena ni gloria. Algunas personas se entregaban a cultos prohibidos para sacudirse aquella modorra que duraba siglos. Pero todo oscilaba siempre entre la inercia de los que nada sabían hacer, de los faltos de voluntad y... aquellos otros que recurrían a cualquier medio para divertirse.

Henge volvió a echar otro brazado de ramas a la lumbre. Al otro lado de la puerta de tablones que se veía al fondo, se oyó el balido de un chivo.

A Sonja la subyugaba la personalidad de Henge Anfang.

A veces, siendo adolescente, pensaba si no sería aconsejable —sobre todo en un pueblo como la recóndita Sirestadt—, *meterse a bruja*.

Para Sonja, adolescente, el mundo de Henge era una inmensa vivencia en la que cualquier cosa, por maravillosa, irrealizable e insólita que pudiera parecer, debía ser necesariamente posible.

Ella había oído decir que Henge sanaba a las personas y a los animales, que podía hacer crecer cosechas espléndidas, que su sola presencia hacía engordar a los animales, que podía alejar el granizo o provocar la lluvia cuando esta era beneficiosa...

Se contaban de Henge otras mil maravillas: durante la primera Guerra habían conseguido alejar de la comarca cualquier acción bélica, la presencia de las tropas... Incluso había soplado contra un banco de niebla tóxica y había alejado el gas venenoso hacia el Mar del Norte.

Pero, lo cierto era que también se contaban en Sirestadt relatos horribles, todos los cuales tenían como protagonista a Henge Anfang...

Personas a las cuales odiaba la bruja, habían fallecido en medio de padecimientos increíblemente penosos... Los niños que se cruzaban con Henge debían juntar los dedos a modo de cruz si no querían enfermar gravemente y morir. Cuando se irritaba, Henge escupía sobre las plantaciones, que resultaban inmediatamente arruinadas. En verano, la bruja salía a recorrer el bosque y las llamas estallaban voraces, irresistibles.

Todo esto, para la ingenua percepción de Sonja, era incomprensible. Henge era buena, positiva, incapaz de hacer mal a nadie. Aunque, eso sí, misteriosa, impenetrable, enigmática. A veces, en presencia de la anciana, Sonja sentía miedo. Pero lo cierto es que jamás ni ella ni su familia recibió ningún mal a través de Henge Anfang.

La cual se volvió en aquel preciso momento hacia ella, la miró fijamente y dijo:

—Ya sé a qué has venido, Sony. Quieres que te haga abortar.

Capítulo 2

SONJA se encogió sobre sí misma.

—¿Cómo lo sabe? —murmuró, asustada.

E inconscientemente se llevó las manos al vientre.

En el establo, berreó uno de los chivillos de Henge.

La vieja se puso en pie, sacudió su holgada falda oscura y dijo:

—Espera un momento, Sony. Voy a ordeñar a mí cabra y a permitir que ese pequeño pueda saciarse. Volveré enseguida. No te preocupes del fuego. No se extinguirá.

Atravesó la mísera estancia con pasos cautelosos temerosa quizá de que sus viejas piernas no supieran asentarse bien sobre el irregular piso de tablones.

Sonja la vio bambolearse lentamente hacia la puerta del establo anexo, empujar la puerta destartalada y desaparecer.

La muchacha se puso en pie, vivamente.

Se estaba haciendo tarde.

¿Qué hora sería ya?

—Quizá más de las cinco —se respondió a sí misma.

Se miró las pobres botas, sucias de lodo, se sacudió la falda de paño gris y caminó hacia el ventanuco a través del cual penetraba un poco de luz, lechosa y escasa.

Fuera, estaba nevando copiosamente.

Las expectativas meteorológicas no eran mucho mejores a lo largo de los casi nueve meses que duraba el invierno en el valle de Nordsthal: seguiría nevando hasta bien entrado marzo. Después soplaría el viento del Norte y la nieve se endurecería, haciendo imposible el desplazamiento a través de los caminos y carreteras...

No se salía prácticamente de casa de en Sirestadt. Había una taberna, sí, pero este lugar era monopolio de los hombres, que se emborrachaban allí hasta caer rendidos al suelo, o bien se peleaban a golpe limpio o cantaban y reían, hasta que el frío era tan intenso que cada cual, más o

menos beodo, desfilaba hacia su casa.

Las mujeres bastante tenían con preparar cecinas, salazones, mermeladas y quesos. En el mejor de los casos, las jóvenes se reunían al amor de la lumbre y escuchaban alguna vieja y tenebrosa historia de labios del tío Anton o la tía Monika.

¿Y qué más...?

Nada más, exactamente.

Si acaso, el oficio religioso del domingo. Pero el reverendo Pratkaner no acudía todos los domingos a la remota aldea de Sirestadt.

Y así, los viejos se dedicaban a sus viejas supersticiones y vicios y los jóvenes, quizá más realistas o nostálgicos, veían pasar los meses enteros aburriéndose soberanamente.

Bueno...

Había algunas fiestas, muy privadas.

En Sirestadt también había ricos personajes que podían permitírselo todo. Incluso violar a jóvenes doncellas o dedicarse a algunas prácticas menos confesables. Pero de esto, verdaderamente, no se podía hablar bajo pena de recibir una tanda de azotes.

Sonja se volvió hacia el hogar.

El último brazado de ramas debía haberse extinguido largo rato atrás, pero las llamas surgían alegremente bajo la chimenea.

Sonja no se asombró por esto. Estaba acostumbrada a que en la cabaña de la vieja Henge ocurrieran siempre cosas extraordinarias.

Volvió a su escabel, junto a la lumbre.

Rechinó la vieja charnela oxidada de la puerta del establo y apareció Henge.

Venía hablando entre dientes. Palabras tranquilizadoras para sus escasos animales, que parecían comprenderla tan bien como si se tratara de seres racionales.

También decían en Sirestadt que Henge se entendía con los lobos y otras alimañas, que podía cruzar el bosque de noche sin sufrir las acometidas de las fieras hambrientas. Pero todo esto debían ser simples habladurías. En cualquier caso, Sonja no tenía pruebas de ello.

—Siéntate, Sony —la muchacha se había puesto en pie al ver aparecer a la anciana—. Siéntate, hija. Ahora te haré un poco de té. Te confortará, Sony.

Inmediatamente, el agua estaba hirviendo en el caldero. Henge la vertió con un cazo en la tetera y pronto sirvió dos tazas, a cuyo contenido añadió un generoso chorro de licor de bayas que ella solía hacer al terminar el otoño.

El té sabía delicioso. Sonja bebió la infusión a pequeños sorbos, deleitándose al absorber por boca y nariz el fragante vaho que surgía de su taza.

—¡Ah, Sony, Sony, mi pequeña Sony! —exclamó Henge—. No tienes nada que temer.

Dejó escapar una risotada.

Sin embargo, no era una risa desagradable como la de otras viejas. Una de esas carcajadas guturales y malignas que surgía de una boca desdentada.

Por el contrario, la risa de Henge era cantarina, juvenil, incluso alegre.

—Te has sorprendido mucho, ya lo veo —pronunció—. Pero ya sabes que las viejas sabemos muchas cosas.

Sonja alzó la cabeza y la miró, extática.

—Abuela, no comprendo... —murmuró, indecisa.

Henge volvió a reír. Parecía muy divertida.

Su exiguo pecho se estremecía al compás de las carcajadas y la taza temblaba en su mano, pero Sonja no pudo apreciar que vertiera una sola gota del aromático té.

—Bien, Sony. Cuéntamelo todo. ¿Por qué viniste?

—Creo que... estoy embarazada, abuela Henge. Mis padres no lo saben. Son viejos ya. No quisiera atormentarles con mis problemas. Yelena Smashowa dijo que usted podría...

—¡Ah, Yelena! —pronunció la anciana. Y enmudeció.

Sonja no abrió los labios, por el momento. Contemplaba a la flaquísima anciana, que no debía pesar siquiera los cuarenta kilos, aunque era una mujer alta, de espalda encorvada, que aún se mantenía medianamente erguida.

—Yelena —repitió la vieja—. Seguro que te pidió algo a cambio del servicio.

—Bueno, unas monedas. Apenas unos *pfennigs*.

—Y tú crees que estás embarazada.

—Sí —confesó Sonja.

—¿De quién? —preguntó la bruja.

—No puedo decirlo, abuela. ¿Qué importa?

Sonja se retorció las manos, muy inquieta.

—Tuve un desliz, me comporté como una mujerzuela, soy... —murmuró atropelladamente.

Henge le hizo callar con una sola mirada.

—Eres una buena muchacha, pero tan estúpida que llegas a impacientarme, Sonja Handarbeiter —exclamó la bruja, sin dar muestras de irritación.

—¡Abuela, yo...!

—No tuviste ningún desliz, pero tú crees que las mujeres debemos cargar siempre con las culpas, en estos casos, ¿verdad?

Sonja inclinó la cabeza.

La luz que penetraba por el ventanuco disminuía en la misma

proporción que aumentaba la de la hoguera.

—Un hombre te violó, Sonja —la vieja tomó con la mano izquierda la perfecta barbilla de la muchacha, en la que se veían unas señales violáceas—. Fuiste una víctima propiciatoria, una gacela que se rindió inmediatamente al zarpazo del león...

Aunque atribuía a Henge poderes casi ilimitados. Sonja se sintió íntimamente asombrada.

—¿Lo sabes? —se atrevió a murmurar.

—Claro que lo sé. No te atreviste a denunciarlo por temor a las represalias. Tu padre, Martin Handarbeiter, trabaja para el conde, ¿no es cierto? —Henge no miraba ya a la muchacha. Se diría que podría averiguar toda la verdad en el cabrilleo de las llamas, tan concentrada era su mirada—. Temiste que Viktor Von Blaustein despidiera a tu padre. Y te resignaste.

—Sí —afirmó Sonja, liberada de aquel secreto que le había estado pesando como una losa de plomo.

—Y el que te violó fue Rolf, su hijo mayor, ese disoluto canalla que se cree con patente de corso para hacer y deshacer a su capricho.

—Sí —repitió la joven, estremecida de pies a cabeza.

Y añadió:

—Me sorprendió fuera del establo, cuando estaba descargando el carro de leña que mi padre había traído. Cuando grité, asustada, me golpeó ferozmente con la fusta que llevaba en la mano. No sufrí mucho, abuela Henge, puesto que perdí el conocimiento inmediatamente. Cuando volví en mí... Bueno, él se había marchado y yo sentía mis entrañas destrozadas... Fui a la cocina, tambaleándome, busqué unos trapos, conseguí detener la hemorragia. Pero han pasado ya dos meses y he notado un cambio. Temí...

Henge dejó escapar una cantarina risotada.

—El cambio solo estaba en tu mente atormentada, Sony —pronunció con una voz atractivamente joven—. Te obsesionaste. Creíste que, después de la violación, necesariamente engendrarias un hijo en tu vientre...

—¿Y no es así? —preguntó la rubia muchacha, asombrada.

Henge le tomó la taza de la mano y vertió en ella un chorro de té que quedaba en la vieja tetera. Después devolvió la taza a la joven.

La anciana se alisó los mechones de cabellos plateados que caían sobre sus sienes y se inclinó sobre el fuego.

—No, no es así, mi pequeña Sony.

—¡Pero...!

—Si quieres creer que ha ocurrido un milagro, piénsalo así. Eso no te hará ningún daño —declaró la vieja con voz íntima y amistosa.

Sonja dejó escapar un profundo suspiro que desahogó su incipiente pecho bajo el grueso jersey de lana.

—*¡Mein Gott!* —exclamó—. ¡Si fuera cierto, yo...!

—¿Qué...?

No se atrevía hablar. La taza de té temblaba excesivamente en su mano, precozmente endurecida y deformada por el rudo trabajo.

—¡Estás temblando! ¿Qué te ocurre? —la bruja se inclinaba sobre ella, solícita.

Pero Sonja no se atrevía a hablar.

Confiaba instintivamente en Henge, a la que había socorrido en los malos tiempos; y también cuando un grupo de mozos salvajes incendió su cabaña y la pobre anciana estuvo a punto de morir quemada viva, pero...

La vieja no quería forzarla a confesar el motivo de su desazón.

Henge siempre parecía próxima, solícita y cariñosa. Pero también tan lejana, inaccesible, intocable...

Se produjo un chisporroteo en los tizones llameantes. Fuera, la noche había caído sobre el angosto y profundo valle de Nordsthal.

Sonja bebió la ardiente infusión de un trago y puso la taza en manos de la vieja.

—Tengo que irme —anunció, asustada—. Mi padre sería capaz de azotarme sí...

Se incorporó y tomó su viejo y agujereado abrigo de encima de la pila de ramas que Henge habría recogido penosamente en los confines del bosque.

Ya se marchaba cuando volvió y buscó las manos de la anciana, que elevó y besó impulsivamente.

—Abuela, no sé cómo agradecerle...

—Eres buena, Sonja. Siempre me ayudaste. Te privaste de tu comida, cuando solo eras una niña, para que yo no me muriera de hambre. Todavía lo recuerdo... No temas, cuenta con mi protección. Yo estaré cerca de ti. Confía en mí, pequeña Sony —pronunció la anciana.

De repente, Sonja se echó a llorar. Gemía entrecortadamente y su pecho se estremecía en fuertes espasmos sincopados. Una de las sarmentosas manos de la vieja acarició suavemente los brillantes cabellos dorados de la joven.

—Me daba miedo confesarlo, abuela —sollozó Sonja—. Él, Rolf Von Blaustein, me amenazó hace dos semanas.

—¿Qué te dijo? —inquirió Henge.

—*Que mataría a mi hijo si llegaba a dar a luz* —susurró Sonja, estremecida.

Capítulo 3

Ǝ

STO era mortalmente aburrido! —barbotó Rolf, empujando la botella de vino lejos de sí.

La botella se volcó sobre la mesa y el rojo vino de las laderas del Rin se derramó a borbotones sobre los manteles.

Erik rio a carcajadas, de bruces sobre el diván. Su risa era tan brutal, que se atragantó y las náuseas le obligaron a vomitar sobre el suelo de ladrillos.

El ambiente, cargado, se impregnó del ácido hedor de los vómitos.

Erik se atragantaba de bruces sobre el piso, pero ni Rolf y aquel joven remilgado y elegante, el teniente Claus Von Spitz acudieron en su ayuda.

Von Blaustein se puso en pie, dio tres pasos y cogió una botella del anaquel situado a la izquierda de la chimenea.

Luego Rolf salió de la habitación y no volvió hasta que un criado limpió el suelo manchado de vómitos.

Cuando regresó, Erik parecía recuperarse. Y, por supuesto, estaba bebiéndose la botella de vino.

Rolf se detuvo junto a él, le palmeó la espalda y rompió en una risotada.

—¡Pobre Erik Weiber! —exclamó, falsamente compadecido de su amigo—. ¡Eres demasiado joven para beber como un hombre...!

Claus rio con fuerza y Rolf le imitó.

Malhumorado, Erik elevó la botella y bebió hasta perder el aliento.

—Dime, Erik: ¿fuiste a ver a esa maldita vieja? —preguntó.

Erik asintió con una violenta cabezada.

—¿Lograste hacerla hablar? ¿Te dijo si había hecho abortar a Sonja? —insistió Von Blaustein.

Erik le dirigió una mirada turbia. De repente, se incorporó y sus facciones se crisparon.

—¡Juro que un día mataré a esa maldita vieja! —gritó como un energúmeno.

Rolf y Claus rieron al unísono. Verdaderamente, Erik tenía un aspecto grotesco: la camisa y la chaqueta manchadas de vómitos, la corbata torcida, el cinturón colgando, los cabellos alborotados...

—¿Por qué, mi querido Erik, por qué habrías de matar a la pobre Henge Anfang? —inquirió el heredero del conde Von Blaustein.

A Erik le temblaron los labios de ira.

—Me humilló, me arrojó de su cabaña a escobazos —confesó con voz sorda y contenida.

Las carcajadas de sus dos amigos atronaron los oídos del joven.

—¡Callad, callad, maldita sea! —les ordenó Erik, exasperado.

Pero Claus y Rolf siguieron riendo hasta desternillarse.

—¡A escobazos, le despidió a escobazos! —se burló Von Blaustein. Y de nuevo le asaltó la risa inconteniblemente hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

Erik estampó la botella de vino sobre la mesa. Al deshacerse en fragmentos, los pedazos de vidrio hirieron su mano derecha y la sangre manchó la madera de la mesa tallada.

Rolf y Claus habían enmudecido ante la brusca reacción de su amigo.

—Sí, la mataré —rezongó con expresión sombría—. La mataré —repitió con el rencor vibrante en sus labios.

Rolf Von Blaustein le miró fijamente.

—¿Serías capaz de hacerlo? —preguntó a Erik.

—No creo que tenga agallas —intervino el teniente Von Spitz, burlón—. ¡Cómo va a ser capaz, si la vieja bruja se deshizo de él a escobazos...!

Impetuosamente, Erik metió la mano en el bolsillo de su pantalón y dejó sobre la mesa un puñado de arrugados billetes de banco.

Los contó atropelladamente, sin reparar en que la sangre que seguía manando de su mano derecha manchaba de rojo los billetes.

—Mil ochocientos marcos —murmuró, desafiando con la mirada a sus dos amigos—. Me apuesto esta cantidad a que haré desaparecer a esa vieja de la faz de la Tierra.

Rolf y Claus cambiaron una mirada de asombro.

—Al parecer, nuestro amiguito habla en serio —exclamó el primero.

Erik se impacientó.

—¿Vais a apostar o no?

—¿Por qué no? —respondió Rolf, brillantes los ojos de regocijo—. Es una buena ocasión para que comprobemos lo que puedes dar de ti.

Sacó su billetero y contó novecientos marcos. Claus Von Spitz, por su parte, sacó otro tanto.

Rolf reunió todo el dinero en un fajo, que dejó en el centro de la mesa.

—¿Quién será el depositario? —preguntó Claus.

Erik se encogió de hombros.

—Eso me tiene sin cuidado. Pero puesto que somos invitados de Rolf,

que lo guarde él.

Rolf tomó el dinero, se apartó de la mesa y colocó el dinero en la parte superior del anaquel, tras lo cual colocó un pesado tomo encuadernado en piel, para ocultarlo.

—Ahí estará seguro —afirmó. Y miró a sus camaradas con los ojos brillantes de animación—. Bien, amigos: creo que la ocasión merece la pena. Descorcharé una botella de Eiswein de 1923. Guardaba este vino para una ocasión solemne, pero creo que ese momento ha llegado ya.

Seleccionó la botella, la descorchó y sirvió en tres copas.

Chocaron los vidrios en un brindis macabro y criminal y bebieron hasta agotar el añejísimo vino aromático.

—Dime, Erik, ¿cuándo piensas hacerlo? —preguntó Von Blaustein.

—¿Cuándo? ¿Para qué esperar a que se enfríe mi cólera? —bramó el joven—. Lo haré hoy mismo.

Caminó hasta la ventana, apartó la pesada cortina y miró a través de los cristales.

—Pronto anochecerá —anunció, sin volverse—. Esa bruja no verá el nuevo amanecer.

Tornó a la mesa y pidió al teniente Voz Spitz:

—Claus, déjame tu pistola.

—¿Mi pistola? —Claus retrocedió instintivamente—. No querrás comprometerme, ¿verdad? Ten en cuenta que soy un militar y podría...

—Déjasela —medió Rolf, ávidamente—. Si Erik sigue mis consejos, no tendrá nada que temer.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Erik, desconfiado.

Rolf dirigió una rápida mirada a la puerta, la abrió, comprobó que el pasillo estaba desierto y volvió junto a sus amigos.

—Una vez que la hayas matado —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, arroja su cadáver al hogar, cúbrelo de leña y préndelo fuego. Todo el mundo pensará que ha muerto por accidente. La vieja Henge está muy torpe ya: imaginarán que cayó accidentalmente al fuego.

Erik asintió vivamente.

—¡Sí, eso es lo que haré! —exclamó. Y volvió a pedir a Claus—: La pistola.

Von Spitz vaciló. Pero Von Blaustein le instaba con la mirada, de modo que finalmente desabrochó su pistolera y entregó el arma a Weiber.

—Devuélvemela —exigió—. Y no te olvides de recoger los casquillos de las balas que dispares.

—No os preocupéis, no cometeré ningún fallo... ¡Esa condenada vieja! Se arrepentirá de haberme tratado como a un crío...

Rolf se sentó junto al fuego y Claus le imitó. Erik permanecía junto a la ventana, esperando que anocheciera.

—Así que la vieja Henge no quiso responder a tus preguntas... —

comentó Rolf sin mirar a Weiber.

Erik resopló con fuerza.

—No, no quiso, pero hizo algunos comentarios que no te benefician demasiado.

—¿Qué dijo esa bruja? —gruñó.

—Me preguntó si me había convertido en el alcahuete de Rolf Von Blaustein y arrojó al suelo el dinero que le ofrecí. Añadió: «¡Ah, Von Blaustein, un día recibirá su merecido por todo el daño que ha hecho! ¡No seguirá cometiendo desmanes por mucho tiempo!» A juzgar por su tono y la expresión aviesa de sus facciones, adiviné que Henge sabía muy bien lo que hiciste con esa aldeana, Sonja Handarbeiter.

—¡Calla! —bramó Rolf, iracundo.

—No comprendo por qué temes tanto que se sepa que violaste a esa muchacha. Tu padre, el conde Von Blaustein, es el dueño de la mayor parte de estas tierras, ¿no? A los padres de esa chica probablemente les encantaría tener un bastardo de un Von Blaustein —comentó el teniente Von Spitz.

Rolf se removió inquieto en su asiento.

—Vosotros no conocéis a las gentes de Sirestadt. Parecen sumisos e inofensivos, pero se convierten en peligrosos salvajes cuando se mancha su honor. En cuanto al padre de esa chica, Martin Handarbeiter, comprenderéis mi cautela si le conociereis. Mide dos metros de estatura y pesa más de ciento cincuenta kilos. En una ocasión vi cómo arrancaba la cabeza de un lobo vivo con sus propias manos. Si Handarbeiter supiera que he violado a su hija, sería capaz de estrangularme —dijo.

Se puso en pie, impaciente, y miró a Erik Weiber.

—¿Qué esperas? ¡Ya está anocheciendo! —le animó.

Empujó al joven hacia la puerta y salieron ambos de la estancia.

Se alejaron unos metros pasillo adelante y Rolf detuvo a Weiber.

—Erik, si matas a la vieja, además del dinero de la apuesta, yo te entregaré otros cinco mil marcos. Sé que andas mal de dinero, que tienes deudas. Esos cinco mil marcos te ayudarían mucho, ¿no crees? —susurró.

Erik asintió.

—De acuerdo. No temas: no fallaré —afirmó.

Capítulo 4

SE había hecho completamente de noche, pero el suelo nevado permitía ver perfectamente el relieve de la empinada ladera del borde del bosque.

Había dado un largo rodeo para llegar a la cabaña de Henge Anfang. Erik pensaba que en un caso así, todas las precauciones eran pocas, de modo que había evitado cruzar Sirestadt para que nadie pudiera verle y su crimen quedara impune.

Y ahora asentaba firmemente sus pasos en la nieve para no resbalar por la empinada cuesta abajo.

En el bolsillo de su chaquetón de piel de foca apretaba cálidamente la pistola del teniente Spitz.

En la distancia resonó el aullido quejumbroso y prolongado de un lobo. Erik se detuvo, amedrentado.

Pero luego siguió adelante.

¿Por qué había de tener miedo?

Tenía una pistola con nueve balas y Sirestadt estaba a poco más de un kilómetro de distancia. Los lobos no se atreverían a perseguirle hasta el pueblo. O esto, al menos, pensaba Erik Weiber.

Llegó resoplando a la cabaña de la bruja.

Indeciso, trató de imaginarse lo que iba a suceder: golpearía la puerta, la vieja se levantaría del fuego y vendría, renqueante, a abrirle... Erik sacaría la pistola y le dispararía a boca de jarro en pleno rostro...

Pero no, no. Era mejor confiarla, conseguir que la vieja le permitiera entrar y luego...

No ocurrió nada de lo que imaginaba. Como estaba apoyado en la puerta, esta se abrió por sí sola con un chirrido desagradable.

—¡Eh, vieja Henge! —gritó Erik, pillado de sorpresa.

Pero nadie respondió a la llamada.

Indeciso, Erik dio unos pasos dentro de la cabaña. El fuego ardía en el hogar y el agua hervía en la marmita, pero la humilde habitación estaba

desierta.

Erik cerró la puerta a su espalda. Las llamas proyectaron su sombra, gigantesca, contra los muros de la cabaña.

Repitió su llamada, pero no obtuvo ninguna respuesta.

—Probablemente estará en el establo —pensó.

Los viejos suelen tener duro el oído y la anciana bruja debía estar sorda como una tapia.

—Tanto mejor —se dijo Erik—. Así podré sorprenderla, sin darle tiempo a defenderse.

Cogió un tizón encendido y empujó la puerta de tablones.

Erik rechinó los dientes de cólera.

La pistola temblaba en su mano y a punto estuvo de descargar su ira disparando contra las dos cabras y los tres cabritos que le miraban, inmóviles, desde el fondo del pequeño y tibio establo.

Cerró la puerta de un brutal tirón y rezongó maldiciones entre dientes.

¿Era posible que la casualidad fuera a frustrar sus planes?

Porque Erik Weiber conocía sus propias limitaciones: si no mataba a Henge esta noche, probablemente no lo haría nunca.

Ahora, con el estómago lleno de vino, se sentía fuerte, seguro de sí mismo, fanfarrón... Pero cuando pasara el efecto del alcohol se sentiría aterrado e impotente, pues era un cobarde.

—¡No importa! —bramó—. La esperaré.

¿A dónde habría ido la maldita bruja?

Erik se asomó al ventanuco y se quedó allí un rato, contemplando con expresión estúpida y abstraída el esplendente paisaje nevado.

Al cabo, no pudo esperar más y abandonó la cabaña.

Mentalmente, se sentía decepcionado. Y físicamente, rabioso y exasperado.

Alguna extraña circunstancia había frustrado sus planes de venganza. Y el caso era que no le importaba tanto vengarse como ganar la apuesta y recibir los cinco mil marcos que Rolf Von Blaustein le había prometido a cambio del asesinato de la condenada vieja.

Echó a andar, cuesta arriba, ya sin adoptar ninguna clase de precauciones.

En realidad, ¿para qué seguir disimulando si la maldita vieja continuaba viva?

Seguía el lindero del bosque, cuando una sombra se alargó ante él.

Se detuvo bruscamente.

Y entonces la vio.

¡Era ella, la vieja Henge!

Caminaba pesadamente por lo alto de la loma y la luna incipiente proyectaba su larguísima sombra sobre la nieve azulada.

La vieja llevaba un pequeño saco a la espalda. A pesar de lo cual,

Henge parecía doblegada bajo el peso de aquel exiguo envoltorio.

—¡La suerte me acompaña! —pensó Erik—. Al fin y al cabo, estaba escrito que no perdería el viaje.

Se dejó caer de bruces sobre la nieve, sacó la pistola y apuntó.

—¡Maldición! —gruñó Erik, incapaz de situar la silueta de la bruja en el punto de mira del arma, pues su pulso no era todo lo firme que él deseaba.

El primer disparo retumbó fragosamente en los oídos de Erik Weiber, sobresaltándole tanto que ocultó la cabeza en la nieve, temiendo que la pistola hubiera estallado accidentalmente.

Alzó la cabeza, al cabo, y rechinó los dientes al comprobar que la sombra de Henge seguía proyectándose, larguísima, sobre la nieve azulada, la bruja permanecía erguida sobre la curva de la loma, y la luna, como un enorme disco sangriento, seguía elevándose lentamente a su espalda.

—No puedo fallar —barbotó Erik, calculando que apenas veinte metros le separaban de Henge—. Sería estúpido fallar a esta distancia.

Aferró el arma con ambas manos, las apoyó sobre un montículo de nieve y volvió a apuntar cuidadosamente.

Y disparó.

Apretó el gatillo rabiosamente, sintiendo que el ansia homicida anegaba por completo su corazón.

—¡Maldita, maldita, mil veces maldita! —rugió, pues la anciana no parecía acusar el impacto de los balazos, algunos de lo cuales elevaban furiosos surtidores de nieve del suelo.

Obcecado, perdida la razón y el control de sí mismo, tornó a disparar otras tres veces. Hasta que ningún nuevo estampido turbó la paz de la vaguada: Erik había agotado las nueve balas del cargador.

Solo entonces comprendió que había estado disparando sobre el tronco de un pino desmochado.

Chasqueando, murmuró:

—Son las triquiñuelas de esa diabólica lechuza. ¡Es capaz de hacerse invisible...!

Pero se equivocaba.

Henge seguía inmóvil en la loma, a quince metros de distancia de aquel enhiesto y seco tronco de árbol que Weiber había tomado erróneamente como blanco.

La luz de la luna teñía la blanca extensión de un color rojizo, semejante al de la sangre, según apreció Erik.

—Y en verdad que habrá sangre —barbotó, violento.

Y consiguió ponerse en pie, aunque se tambaleó y estuvo a punto de caer de nuevo.

—La mataré a culatazos —murmuró entre dientes.

Su bamboleante paso fue dejando un rastro zigzagueante en pos de él.

Gruñía, farfullaba maldiciones entre dientes, trataba de darse ánimos para reunir los arrestos necesarios para llevar a cabo su inconfesable crimen.

Pues... ¿qué peligro podía suponer para él, joven, fuerte y ágil, una despreciable y débil anciana?

De repente, la voz de Henge se expandió por la vaguada, poderosa.

—¡Detente, asesino!

Erik se detuvo un momento, en efecto, pero enseguida avanzó hacia ella, torpe pero impertérrito.

—¡Da la vuelta y huye! ¡Es tu última oportunidad! —avisó por segunda vez la hechicera.

Weiber jadeaba, resbalaba, caía y volvía a incorporarse desmañadamente, pues sus sentidos estaban absolutamente embotados por el alcohol.

Estaba a un paso de conseguirlo, apenas le separaban cuatro metros de Henge cuando brilló aquel rayo cegador que abrasó su mano y le obligó a gritar de puro dolor.

La pistola, descargada, se le fue de las manos y desapareció ante la blanca nieve, al mismo tiempo que Erik tropezaba y caía de bruces cuanto largo era.

—¡Mi mano, está abrasada! ¿Cómo ha podido esa maldita arpía...? —gimió.

En la soledad de la noche incipiente, se dejó oír la cantarina carcajada de la anciana.

Erik abrió los ojos y la miró.

La vieja no tenía arma alguna. Solo aquel saquito de tela en que solía guardar las misteriosas hierbas que recogía en el monte.

¿Cómo había conseguido, entonces, cegarle y herirle...?

Su curiosidad era tan intensa, que ni siquiera sentía ya el dolor de su mano abrasada.

—He de matarla, tengo que hacerlo —murmuró, machaconamente.

Y se incorporó, decidido.

No había podido abatirla a balazos, tampoco había conseguido destrozar su cráneo a culatazos, pero nadie le impediría estrangularla.

Erik poseía manos largas y fuertes, nervudas.

Henge, por el contrario, era delgada, flexible, inofensiva.

—Tú lo has querido —pronunció la sibila cuando Erik caminó a zancadas hacia la prominencia del terreno en que ella se encontraba.

Weiber se abalanzó sobre ella, barbotando blasfemias, buscando desesperadamente el fino cuello de la mujer.

La mano derecha le dolía horriblemente, pero él no reparó en ello. Palpó la garganta tibia de Henge y comenzó a apretar y apretar con todas sus fuerzas.

Diez segundos después, una sombra se interpuso entre el disco nocturno y el grupo formado por la anciana y el joven que trataba de estrangularla.

Erik, obsesionado, no oyó el jadeo bronco, ni siquiera el entrechocar de los terribles y aguzados colmillos.

Las salvajes mandíbulas se cerraron sobre su muñeca con potencia de acero y el hueso chascó de forma espeluznante.

El chillido que brotó de la garganta de Weiber resonó tétricamente en la vaguada iluminada por el rojo resplandor de la luna.

Erik caído de espaldas, solo vio la sombra del lobo, de aquel enorme macho que arrojó un hilillo de baba sobre su rostro.

—¡No, no, apártalos! —gimió, espantado.

Pero Henge se incorporaba lentamente y se llevaba ambas manos a su cuello dolorido y magullado.

—Te avisé —susurró la vieja con un silbido provocado por su respiración fatigosa—. Te avisé, Erik. Quise evitar que sucediese esto, pero tú no me oíste. Ahora... ¡Ahora nada puedo hacer ya por ti!

Se retiró unos pasos y gritó guturalmente:

—¡Mira!!

Erik giró el cuello y vio a la manada de lobos que descendían desde el bosque.

En ese momento, los colmillos del gran macho hicieron presa en la garganta del joven.

Su alarido agónico no llegó a resonar, porque su tráquea quedó cortada en dos de una sola dentellada.

Luego, la manada se abalanzó sobre la presa mientras la anciana Henge Anfang se retiraba lentamente hacia su cabaña.

El presagio de Erik Weiber se había cumplido. La luna anunciaba sangre. Y efectivamente la nieve se tiñó de rojo aquella noche.

Capítulo 5

A mediodía, el jinete cabalgó hacia el castillo de Blaustein.

Un gigante aguardaba en la puerta, bajó el altísimo arco. Era Martin Handarbeiter, el padre de Sonja.

Cuando se aproximaba a la vieja fortaleza, Rolf Von Blaustein reconoció al servidor y palideció.

—¿Es posible que ella haya hablado a su padre? —se alarmó.

Porque Rolf temía a Handarbeiter, le temía más que a un oso enfurecido. Años atrás, cuando Rolf era un mozalbete, había visto pelear a Martin contra seis rufianes que llegaron del Sur, dispuestos a desvalijar la mansión. Handarbeiter había roto el cuello a uno de ellos de un solo golpe, tronchado ambos brazos a otro, arrancado una oreja de cuajo a un tercero y fracturado ocho costillas a un cuarto, que quedó en el suelo malparado que hubiera expirado allí mismo si el propio Martin no lo hubiera recogido en sus brazos, montado en un carruaje y llevado al médico de Suntag, donde la auxiliaron inmediatamente. Es inútil decir, que los dos maleantes restantes se dieron buena prisa en poner pies en polvorosa.

Sin embargo, Martin Handarbeiter era un hombre apacible y nada violento, por lo normal. Solo se enardecía hasta el extremo de convertirse en una furia cuando presenciaba algún acto decididamente injusto.

Mil veces después de aquello, Rolf se había apostrofado a sí mismo por haberse dejado llevar de la lujuria.

Pero Sonja era bellísima y ¡tan deseable!

—Cualquier día, uno de estos zafios aldeanos tendrá a esa joya para sí. ¿Por qué no he de hacerlo yo, Rolf de Blaustein? —se preguntó.

Fue obra del Diablo. O del vino, si quiere pensarse así. Aquel día estaba muy borracho. Vio a Sonja, o mejor dicho, la sorprendió.

Era un momento propicio: Martin había acompañado al viejo conde Blaustein a la estación de Suntag. Viktor Von Blaustein estaba delicado y se disponía a pasar el invierno en las templadas tierras del Sur, bajo la atención de afamados médicos. Y Martin conducía el automóvil del conde. A Suntag solo había unos noventa kilómetros, pero el hielo cubría los

caminos y carreteras, de modo que Handarbeiter no estaría de vuelta antes del anochecer.

Sonja estaba junto a las dependencias de la servidumbre, descargando los cortos leños de un carruaje y almacenando la leña en la leñera adyacente.

Rolf no tuvo nada en cuenta, excepto que el padre de Sonja estaba lejos y no suponía ningún obstáculo para él... en aquel momento.

Llegó hasta la joven silencioso y artero como un criminal. Y antes de que ella pudiera prevenirse, se abalanzó sobre Sonja, la abrazó brutalmente y la arrastró hacia la leñera, lejos de miradas indiscretas.

La besó ardientemente. Casi podría decirse que mordía sus labios, tan desgarrado y brutal era su deseo.

Cuando ella logró desasirse por unos segundos, un estrangulado alarido de horror y sorpresa brotó de sus labios. Fue exactamente un chillido estrangulado, apenas iniciado, porque Rolf la abofeteó tan duramente que ella ni siquiera fue capaz de volver a gritar pidiendo auxilio.

Y luego, al comprobar que Sonja, joven y plena de vigor, se resistía, Rolf la golpeó a fustazos en la cabeza hasta que ella quedó atontada.

Enardecido, loco de deseo, desgarró los vestidos de la joven a zarpazos. Y después la poseyó tan brutal y desconsideradamente que la tibia paja del establo se manchó de sangre.

Naturalmente que cuando todo terminó, tan fugaz como un relámpago, Rolf se sintió defraudado e insatisfecho.

Entonces podía haber rectificado, siquiera en cierto modo, su conducta.

Podía haber explicado a Sonja que todo lo había hecho movido por el alcohol y el irrefrenable deseo. Podía haber pronunciado unas palabras amables, incluso debió disculparse y rogar.

Pero no hizo nada de eso: su soberbia se lo impedía.

Por el contrario, con ojos llameantes y la fusta firmemente empuñada, siseó con voz ahogada:

—Si dices una sola palabra a tu padre, te mato. Lo haré, ¿me oyes? ¡Lo haré sin dudar! Así que lo mejor es que calles y todo será olvidado.

Pero, maldita sea, Rolf nunca estaría seguro de ella, un día u otro, se decidiría a hablar claramente a su padre y en ese caso...

Handarbeiter le estaba esperando en el patio. Tomó las riendas del caballo negro de joven Von Blaustein y refrenó enérgica y fácilmente los ímpetus del animal.

Luego su mirada y la de Rolf se cruzaron.

La de Blaustein procuraba mantenerse tan fría y altiva como siempre, aunque lamentablemente no lo conseguía.

La de su servidor, Martin Handarbeiter, era firme, fija, odiosamente insistente e indomable.

Rolf se dirigió rápidamente hacia las escaleras que llevaba a la zona

noble del castillo, sin volver una sola vez la vista atrás. Por el rabillo del ojo pudo comprobar que Martin seguía en medio del patio, erguido como un cíclope, imperturbable. *Y siguiéndole con la mirada sin parpadear.*

—Ella no me ha denunciado, pero él sospecha algo, es evidente —pensó Rolf, nervioso—. La actitud de Martin ha cambiado. Antes era afable, directo, servicial y sencillo. Ahora, se ha vuelto lejano e impenetrable. Me sirve tan eficazmente como antes, pero está claro que lo hace a desgana.

La situación era muy desagradable para el joven Von Blaustein. Venía a ser como una pesadilla que ocupase su sueño desde aquel día en que su pasión desordenada le impulsase a violar a la ingenua Sonja Handarbeiter.

Rolf se recluyó en sus habitaciones, llamó a su *sommelier* y se hizo servir el mejor vino de la bodega.

Sistemáticamente, aquel hombre joven, vigoroso y no exento de viril atractivo, se veía obligado a recurrir al alcohol como remedio a sus latentes preocupaciones.

Media hora después, tras ingerir una botella de fragante Eiswein se sentía mucho mejor. Incluso más lúcido.

¿Por qué no lo había pensado antes? Si Martin Handarbeiter suponía una amenaza para él, bastaría con despedir a la familia.

Rolf era ahora el único dueño y señor, puesto que su padre se hallaba en un balneario del distante Sur.

Así, pues, haría venir a Martin, le explicaría que los tiempos eran difíciles, que se veía obligado a prescindir de parte de la servidumbre y que, por tanto, él y su familia deberían abandonar Blaustein a la mayor brevedad posible.

Entregaría a Martin un millar de marcos como indemnización y se sentiría libre.

En realidad, no había prisa. Podía meditar sobre ello. Tal vez, encontrase una solución mejor.

Por lo demás, Handarbeiter no era la única preocupación del depravado Rolf Von Blaustein.

Su mente estaba ocupada en aquellos momentos por un asunto que le quitaba el sueño: Erik Weiber.

Desde que Erik abandonase Blaustein aquella noche, decidido a asesinar a la bruja Henge, el joven no había dado señales de vida.

Rolf no se preocupó demasiado: imaginaba que Weiber se había arrepentido de su designio, una vez pasados los efectos de la borrachera.

Como Rolf dijo a Claus Von Spitz:

—Es posible que ese imbécil haya huido, dando por perdida su apuesta, ya que no tuvo valor para cumplir con su parte.

Pero el joven oficial no estuvo de acuerdo:

—No lo creo. Weiber es demasiado egoísta y presuntuoso como para dejar pasar la ocasión de ganar fácilmente una considerable cantidad de

dinero. No, Rolf. Erik no ha huido. Más bien temo que haya sufrido un accidente —expresó Spitz.

—¿Tú crees? —inquirió Rolf, comenzando a sentirse preocupado.

—Estoy seguro. Solo tienes que considerar que Erik no disponía de un solo *pfennig*. ¿Cómo hubiera podido trasladarse hasta Suntag, la próxima estación de ferrocarril, con los bolsillos vacíos? —insistió el teniente.

—Está bien. No perdamos los nervios —a pesar de ello, las manos de Rolf temblaban—. ¿Qué prisa tenemos? Esperemos un día más.

—Pero, ¿para qué? —respondió Von Spitz, demostrando inquietud.

—Que Erik no haya vuelto aún no significa necesariamente que haya sufrido un accidente desagradable. Pero, además, ¿qué clase de accidente? La cabaña de esa vieja hechicera está unos dos kilómetros de Sirestadt...

—Los lobos. En la aldea dicen que manadas de lobos rondan por las noches sus corrales y alquerías.

—¿Olvidas que Erik tenía tu pistola y un cargador con nueve balas?

—No puedo olvidarlo. Me preocupa también. La pistola puede comprometerme gravemente —respondió Claus, mordiéndose las cuidadas uñas.

Rolf se apresuró a tranquilizar a su amigo.

—Erik no es un estúpido, aunque es probable que se asustara después de... Bueno, de eliminar a esa vieja entrometida. Aparecerá, estoy seguro. Ya lo verás.

Esa tarde bebieron vino hasta embriutecerse. Y olvidaron, siquiera momentáneamente, a Erik Weiber.

Pero al segundo día, Erik no se presentó.

Impaciente ya, Von Spitz dijo a su amigo y anfitrión que estaba dispuesto a echar una ojeada a la cabaña de la vieja.

—Al fin y al cabo, ni siquiera sabemos si está viva o muerta, ¿no? Es hora de que lo comprobemos, para saber a qué atenernos.

Von Blaustein estuvo de acuerdo.

—Está bien, iremos —decidió.

Encargó a Handarbeiter que les ensillase dos caballos y tomaron sendos rifles del armero y abundante munición.

Abandonaron la fortaleza y se dirigieron al sur con el único fin de disimular su verdadero objetivo. Cuando se hubieron alejado tres kilómetros en aquella dirección, dieron un rodeo y volvieron a través del bosque hacia la cabaña de Henge Anfang.

—¡Mira! —exclamó Claus sin poder reprimirse cuando, desde el lindero del bosque avistaron la humilde vivienda de la anciana adivinadora.

De la chimenea brotaba una curvada columna de humo.

—¡Está viva, ya no podemos dudar! —exclamó el joven oficial, tembloroso de pánico.

Como si la casualidad quisiera ratificar sus palabras, en aquel

momento, la puerta de la cabaña se abrió y Henge salió al exterior, con su saquito de recoger hierbas en la mano.

Apresuradamente, los dos jinetes hicieron retroceder sus monturas y se ocultaron en el espeso bosque nevado.

Henge pasó a cincuenta metros de distancia, canturreando entre dientes y deslizándose lenta y dificultosamente sobre sus raquetas para la nieve.

Al fin, la vieja desapareció tras las lomas que ocultaban las estribaciones de las imponentes cumbres de las montañas de Grauberg.

Rolf y Claus la siguieron unos centenares de metros a través del bosque y sin dejarse ver ni un solo momento.

—¿A dónde irá? —se preguntó Von Spitz, intrigado.

—Tal vez saque la escoba cuando nadie pueda verla y se remonte en las alturas para reunirse con sus compañeras, las arpías que suelen juntarse en asamblea en el monte de Walpurgis —rio Rolf, bromista.

Lo cierto fue que cuando ambos jinetes aparecieron de nuevo en el borde del bosque, la anciana había desaparecido.

—*Habría que quemarla* —susurró Von Blaustein.

Su joven camarada se estremeció, pero no hizo ningún comentario.

Capítulo 6

V

OLVAMOS —propuso Claus, pues estaba cayendo la noche.

Pero Von Blaustein que, parecía abstraído, no le prestó ninguna atención.

—Podríamos hacerlo. *Ahora* —pronunció lentamente.

—¿Hacer? ¿Qué?

Rolf le miró con desprecio.

—Matarla, querido —puntualizó—. Matar a Henge.

—No cuentes conmigo —respondió inmediatamente Von Spitz—. Escúchame, Rolf: me divierte beber en tu compañía, perseguir a las jóvenes o jugar una buena partida. Pero no pienso meterme en un lío semejante.

Iba a talonear a su caballo, cuando Rolf aferró bruscamente las riendas e impidió que el animal se moviese.

Al mismo tiempo, elevó el cañón de su arma *casualmente* y advirtió al oficial:

—Eso no está nada bien, Claus, *mein Freud*. Von Blaustein es generoso, amable y divertido, pero no permite que sus amigos le traicionen. Por otra parte, eliminar a esa vieja viene a ser como un deber ciudadano. Henge Anfang supone un verdadero peligro. Tú sabes que en Sirestadt la temen como al mismo diablo. Además, ¿quién nos dice que ella no asesinase a nuestro querido amigo Erik Weiber? Erik ha desaparecido misteriosamente. Reflexiona, Claus: ella debió matarlo. V quizá, antes de hacerle desaparecer, es posible que Erik hablase de más y nos comprometiese...

—¡Pero yo...!

—Tú apostaste con Erik a que no era capaz de asesinar a Henge. Si las autoridades llegasen a saber esto... Bien, supongo que iríamos a la cárcel. Y, naturalmente, a ti te expulsarían ignominiosamente del Ejército, en cuyos cuadros parece sentirte muy cómodo. ¿No lo comprendes, Claus? —insistió Rolf.

Von Spitz asintió con una trémula cabezada. No tenía más solución que

secundar a Von Blaustein en sus criminales planes.

Y ahora comprendía claramente que por muy peligrosa que fuera la vieja arpía, su camarada era mil veces más temible, pues ni siquiera tenía conciencia.

—Vamos —decidió Rolf. Y taloneó salvajemente a su caballo, el cual relinchó estridentemente y galopó hacia el sur, arrancando pelladas de nieve con sus cascos.

A la luz escasa del anochecer, los dos jinetes siguieron las huellas que las raquetas de Henge dejaban en la nieve.

—La acribillaré, ¡la acribillaré a balazos! —mascullaba Von Blaustein, temblorosos de ira sus rasgos faciales—. Y después la llevaremos a su cabaña y fabricaremos una pira en la que se calcinarán sus viejos y chirriantes huesos.

Detrás de él, Von Spitz temblaba de repugnancia y de miedo. ¿Cómo era posible que Rolf formulase tan escalofriantes proyectos con una sonrisa en sus temblorosos labios?

—Tal vez hable en broma —intentó convencerse a sí mismo Von Spitz—. Ha visto que me estremecía y goza asustándome. Sí, eso debe ser. Por supuesto que no se atrevería a disparar contra esa infeliz anciana.

Pero Rolf von Blaustein *sí* era capaz.

Además, en el fondo de su alma temía a Henge Anfang desde aquel día en que Rolf se cruzase con la anciana en el lindero del bosque.

Ocurrió varios años atrás. Era pleno verano, y el heredero de Blaustein cabalgaba a través de los montes persiguiendo un jabalí herido.

El salvaje animal poseía una resistencia sin límites, pues Rolf llevaba más de una hora persiguiéndole y a pesar del reguero de sangre que dejaba en pos de sí, el jabalí no acababa de caer abatido.

Rolf, rabioso y temiendo que su presa se escapase, espoleaba a su caballo a punto de reventarlo. En pos del jabalí, que acababa de desaparecer en medio de un espeso matorral, azotaba las ancas de su montura con la fusta, cuando la bruja apareció de repente, como vomitada por el matorral.

La súbita aparición de la anciana debió asustar al caballo, que hizo un violento quiebro y arrojó al suelo a su jinete.

Despatarrado, dolorido y quebrantado, Von Blaustein se alzó dificultosamente y miró a la vieja.

Lo primero que pensó suponía un absurdo: el jabalí no era otro que la propia Henge, convertida eventualmente en fiera salvaje. Henge, la hechicera, que ahora, por obra de algún extraño sortilegio, acababa de recobrar su apariencia humana y le contemplaba con terrible fijeza, con silencioso reproche.

Porque, además, Rolf pudo comprobar algo que le dejó sin hablar: Henge debía estar herida, a juzgar por la gran mancha sangrienta que se

extendía en sus vestidos a la altura del hombro.

Y Von Blaustein había herido al jabalí precisamente a la altura del cuadril, es decir la parte que podía ser considerada el *hombro* del animal.

Este descubrimiento le produjo tal espanto, que retrocedió acobardado cuando la vieja avanzó hacia él.

Por un momento pensó que la maga le fulminaría con uno de sus encantamientos. Quizá incluso podría convertirle en un simple podenco.

Pero la anciana se limitó a detenerse ante el tembloroso Von Blaustein, le miró con terrible intensidad y le escupió a la cara.

Tras lo cual, pasó junto a él y se alejó, desapareciendo enseguida.

Aún se sentía Rolf desconcertado, cuando llegaron sus ojeadores y monteros. Algunos comentarios sobre su faz pálida y desencajada solo sirvieron para encolerizar al joven, que enseguida volvió a montar a caballo.

—¡Quiero encontrar a ese jabalí! —bramó—. Quiero encontrarlo aunque para ello tengamos que vagar por el monte durante todo un mes. Si no hallamos la pieza, todos vosotros tendréis motivos para lamentarlo.

No vagaron durante un mes. Solo durante el resto de aquella tarde y la mañana siguiente. Encontraron el rastro del jabalí, pero las manchas de sangre terminaban precisamente en lo más espeso del matorral de donde había surgido la vieja Henge.

A la mañana siguiente, Von Blaustein hizo traer sabuesos de finísimo olfato que recorrieron los montes incansablemente seguidos de los monteros.

Inútilmente. Rolf jamás cobraría aquella pieza.

Fue aquel incidente precisamente el que desató en su pecho un odio tremendo hacia la indefensa anciana.

Ella, la miserable arpía, ella le había humillado, había llegado a escupirle.

Pero además, Rolf estaba ahora seguro de la condición de bruja de Henge Anfang. ¿No suponía una prueba irrefutable el insólito incidente que el mismo Rolf había presenciado al borde del matorral?

Para el joven, las cosas estaban claras: Henge tenía la facultad de convertirse en un animal salvaje. Eso era precisamente lo que había ocurrido durante aquella jornada de caza. Rolf había disparado contra un jabalí... que no era sino Henge, la cual al verse acorralada y herida, no tuvo otra solución que recordar su forma humana para escapar.

¡La herida del hombro! Allí estaba la prueba definitiva.

—Debí matarla en aquella ocasión —gruñó para sí mismo, recordando aquel suceso.

Pero olvidaba que él no había perdonado a la vieja. Si la había dejado ir era porque la temía, porque experimentaba un temor pánico, sabiéndola poseedora de facultades sobrenaturales que rozaban lo fantástico.

Sin embargo, ahora, cabalgando en compañía del teniente Von Spitz, Rolf ya había tomado su determinación: Henge sería abatida aquella misma tarde, en cuanto la tuviera a la vista.

Por un momento, el estupor le embargó al surgir aquel pensamiento en su mente:

—¿Y si fuera inmortal, si tuviera el poder de resucitar, de volver del infierno para atormentarme?

Lanzó una risotada que asustó a Claus.

—Esta vez no escapará —murmuró, rechinando los dientes.

Entonces no quería recordar ciertos hechos reales. ¿Para qué? Todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo, casi treinta años, en una fecha ignota y remota.

Fue cuando la condesa de Von Blaustein, que residía en su palacio de Sirestadt por aquella época, se sintió repentinamente indisputada.

Freda Von Blaustein, esposa del conde Viktor, estaba embarazada de seis meses. Aquella tarde comenzó a sentir palpitaciones y extraños dolores abdominales.

La condesa se debatía en espasmos dolorosos y parecía a punto de morir cuando llegó la comadrona, pues en Sirestadt no había médico.

La matrona reconoció a la enferma y dijo:

—¡No es posible!

—¿Qué ocurre? —se inquietó el maduro Viktor de Blaustein.

—Parece imposible, señor, pero la condesa está de parto. No me atrevo a pronosticar nada, pero lo más probable es que el niño nazca muerto. A los seis meses, una criatura no tiene defensas físicas suficientes para sobrevivir.

Blaustein quedó consternado. ¡Había puesto tanta ilusión en el embarazo de Freda, con la que se había casado seis años atrás! Y ahora la matrona anunciaba que su hijo, al que ya quería antes de nacer, iba a malograrse.

Freda sufrió una tremenda hemorragia poco después, mientras se debatía en un infierno de dolores insoportables. Al anochecer, su estado era tan grave que la matrona se alarmó.

—No sé si conseguiremos salvar al niño, pero una cosa es indudable: la madre morirá —anunció.

Blaustein se desesperó.

—¿No hay nada que podamos hacer? —suplicó, abatido.

—Quizá la vieja Henge. Solía asistir a numerosos partos, en otro tiempo.

—¡Recurrir a una vieja hechicera! —se lamentó el conde. Y decidió—: No, de ninguna manera: no pondría a mí esposa y mi hijo en manos de una mujerzuela.

Desgraciadamente, en aquella época no se conocían los automóviles. Y

parecía evidente, por otra parte, que ningún jinete podría volver con la ayuda de un médico con el tiempo suficiente para hacer algo por la infeliz Freda Von Blaustein.

El niño nació, finalmente, pasada la media noche. Era una criatura pequeñísima y desmejorada, apenas un pequeño gazapo de cuerpo rojizo y feble que temblaba como si fuera a morir de un momento a otro.

De madrugada, Blaustein decidió a la desesperada que fueran a avisar a Henge.

La bruja se encerró con la condesa en su alcoba y no salió de aquella estancia en cuarenta y ocho horas.

Fuera como fuere, Freda estaba ya fuera de peligro. Podía llamársele milagro u obra de Satanás, pero lo cierto es que la condesa no moriría en aquella ocasión.

Su primogénito y único heredero, Rolf, no se encontraba mucho mejor que en el momento de nacer, así que Henge pasó de la alcoba de la condesa a la *nursery* donde la comadrona se esforzaba en conservar al niño con vida.

Henge permaneció un mes entero en el palacio-fortaleza de Blaustein. Nadie la vio comer ni ingerir líquidos. Jamás abandonó la *nursery* ni hizo alguna petición personal. Estaba dedicada a salvar la precaria existencia de Rolf Von Blaustein y no cedió hasta que el niño ganó considerable peso y pudo considerársele fuera de peligro.

El día en que Henge se despidió de Blaustein, el conde tenía los ojos brillantes de felicidad, agradecimiento y afecto.

Ofreció a la anciana riquezas, alojamiento, comodidades. Quería cubrirla de oro y de honores, pero Henge se limitó a mover la cabeza y a despedirse. Volvió a su cabaña y reanudó su vida normal, que suponía recorrer diariamente el monte recolectando sus hierbas misteriosas y bienhechoras.

En el fondo de su memoria, Rolf Blaustein guardaba este recuerdo intacto, aunque él pretendiese relegarlo al olvido o cuando menos enterrarlo tan profundamente que no influyese en su decisión actual respecto a la vieja hechicera.

Había decidido asesinarla y no se volvería atrás. Todo lo demás, nada le importaba al heredero del conde Blaustein.

Capítulo 7

ROLF tiró bruscamente de las riendas.

Tan bruscamente que el caballo de Von Spitz chocó contra las ancas del animal que montaba Von Blaustein.

—¿Qué ocurre, por qué te detienes? —exclamó este.

Desconcertado, Rolf señaló el suelo nevado.

Las huellas terminaban bruscamente allí, en mitad de la lisa y blanca pendiente.

—¡Se esfumó! —se asombró Claus.

Rolf recorría con sus febriles ojos los alrededores.

Parecía imposible, pues se encontraban en el centro de una amplia zona libre de accidentes, desarbolada. El lindero del bosque más próximo se encontraba a no menos de un kilómetro de distancia.

Recorrieron aquel paraje en líneas circulares que se alejaban progresivamente del centro. Finalmente, se dieron por vencidos: no había huellas de la vieja.

Cómo había conseguido desaparecer sin dejar huellas, suponía un inquietante enigma, pero ni el oficial ni su camarada lograron resolverlo.

Se había hecho de noche. Aunque la nieve permitía aún una cierta visibilidad, en la lejanía se escuchaban ya los quejumbrosos aullidos de los lobos.

El caballo de Von Spitz relinchó, aterrado, y su jinete hubo de esforzarse para evitar que el animal le arrojara por encima de las orejas.

—¡Volvamos! —gritó Claus—. ¡Es inútil! Y los lobos están próximos.

Soltó el freno de su caballo y galopó hacia la aldea. Al cabo, Rolf le siguió, aunque de mala gana.

A menos de quinientos metros de la cabaña de Henge Anfang, el caballo del oficial volvió a encabritarse. Y en esta ocasión, cogido Von Spitz desprevenido, fue arrojado al suelo después de describir una curva trayectoria en el aire.

Sobre una loma, no distante del bosque, se veían dos magníficos lobos. Era, sin duda, la presencia de los animales carniceros lo que había asustado al caballo de Von Spitz, que ahora se alejaba al galope hacia

Sirestadt sin dejar de lanzar al aire furiosas coces.

—Parece que están devorando algo —dijo Von Blaustein, que tiraba del freno con fuerza para sujetar a su caballo.

Desmontó y sacó el magnífico rifle de su funda.

En cuanto se sintió libre, el caballo lanzó un penetrante relincho y emprendió igualmente el galope hacia la cercana aldea.

Mientras Claus se frotaba el cuello rezongando algo entre dientes, Rolf puso la rodilla en tierra y disparó contra los lobos, a los que abatió de certeros disparos.

—Echemos una ojeada. Hay algo extraño en todo esto... Esos lobos...

Recargó su rifle, se volvió a Von Spitz y gritó de forma irresistible:

—¿Es que no quieres acompañarme, maldito cobarde?

Claus se alzó del suelo, murmuró una disculpa y le siguió.

Caminaron aprisa hacia la loma, pero Rolf tenía que volverse a menudo para agarrar a su camarada e impedir que este huyera despavorido.

Y luego llegaron a la cima y vieron los pobres restos humanos junto a los cadáveres peludos de los lobos.

Lívido, Rolf se inclinó y susurró:

—Es Erik.

—¡No es posible! —exclamó Von Spitz—. No es posible que...

No quería mirar los pobres huesos descarnados, la horrible calavera en cuyo cráneo aún quedaba un poco de cabellera roja.

Había un traje de *tweed* ensangrentado. Era gris... igual que el de Erik Weiber.

Las botas, las excelentes botas inglesas de Erik estaban mordisqueadas, pero aún eran reconocibles.

Y también su cinturón, la dorada hebilla, los gemelos de su camisa, tinta en sangre.

Pero aparte de esto, solo había unos huesos desperdigados, rotos, roídos, vestigios apenas de lo que había sido un hombre, cuyo cadáver había sido enteramente devorado por los lobos.

—¿Te convences ahora? —preguntó Rolf, con una mueca inquietante en sus facciones grisáceas.

—Sí, es él. Quiero decir: era él —murmuró Claus.

Rolf pateó la nieve con los pies.

—¿Qué crees que sucedió? —preguntó, al cabo.

—¡Déjame en paz! —estalló el joven oficial, rotos los nervios—. ¡Te lo advertí, te lo advertí! ¡A Erik le había ocurrido algo desagradable! Quizá si hubiéramos venido a la mañana siguiente, habríamos tenido la oportunidad de...

—¿De qué? ¿De ayudar? —Rolf dejó escapar una hiriente carcajada—. No seas iluso. Estoy seguro de que Erik murió aquella misma noche. Es decir, anteanoche. Y sé muy bien quién terminó con él.

—Los lobos...

—¡Los lobos solamente se ocuparon de su cadáver! —corrigió violentamente Von Blaustein—. Fue *ella* quien lo mató.

—¿Henge?

—¿Quién, si no? Erik no se hubiera dejado atrapar por los lobos, tú lo sabes. Tenía una pistola, una maravillosa «Bauer» calibre treinta y ocho. Tu pistola, Claus —especificó Rolf, insidiosamente. Y añadió—: Erik era un buen tirador. En el caso de que los lobos le hubiera sorprendido de improviso, Erik mataría a dos o tres fieras fácilmente. Y ya sabes cómo son los lobos hambrientos: dejan de perseguir a una presa si disponen de carne palpitante más fácil y más próxima. La de sus congéneres, por ejemplo.

Súbitamente, Von Spitz se arrojó al suelo y comenzó a palpar ávidamente la nieve alrededor del lugar de la carnicería.

—¿Qué buscas?

—¡La pistola, *mi* pistola! Nunca debí confiársela a Erik. ¿No comprendes que puedo verme involucrado en un feo asunto? Si alguien encontrara mi «Bauer», podrían acusarme del asesinato de nuestro pobre amigo.

Rolf se encogió cínicamente de hombros.

Fingió buscar por los alrededores, pero en realidad ni siquiera llegó a mancharse las manos de nieve.

Al cabo, Claus se dio por vencido.

—¡No la encuentro! —exclamó, desesperado.

Un destello azulado brilló en los ojos de Blaustein.

—Naturalmente. *La tiene Henge* —dijo.

Claus se volvió de un respingo y miró hacia la cabaña.

—¡Mira eso!

Rolf se volvió y contempló la cabaña de la bruja. Se veía un fulgor anaranjado a través del único ventanuco. De la chimenea brotaba una columna de humo blanquecino que ascendía rectamente en el aire hasta difuminarse en la bruma.

—Vayamos a recuperar tu pistola, querido Claus —propuso. Y dejó escapar una risotada—. Creo que Henge se ha burlado de nosotros, nos ha gastado una broma pesada. Lo más probable es que ella volviese sobre sus propias huellas antes de que nosotros nos decidiésemos a seguirla. Y ahora, ella se encuentra tranquilamente instalada junto a su hogar, mientras nosotros nos helamos de frío aquí fuera.

—Está bien, vamos. Lo único que me interesa es recuperar el arma —dijo Claus.

—Un momento. Recoge las ropas de Erik. Pueden servirnos como prueba de convicción contra esa repugnante criatura —exclamó Rolf.

Von Spitz retrocedió unos pasos, asqueado.

—¿Pretendes... pretendes que coja con mis manos esas... esas

hediondas ropas, esos enseres pestilentes y manchados de sangre? —protestó—. ¡No me pidas tal cosa!

—No te lo pido, querido Claus —respondió Rolf con voz falsamente suave—. ¡Te lo ordeno!

Claus apartó el rostro a un lado e hizo un lío con el traje de Erik, sus botas desgarradas y su cinturón.

Llevaba aquel envoltorio lejos de sí, como si su solo contacto le produjese arcadas. Y enseguida los dos hombres se dirigieron a la cabaña de Henge.

El hecho de que los aullidos de los lobos sonaran ya mucho más próximos, los impulsó a avivar su marcha y a ascender hasta la choza en escasos minutos.

Cuando llegaron junto a la puerta, Rolf tomó aire en sus pulmones, se retiró un poco y cargó todo el peso de su cuerpo en un brusco encontronazo contra la hoja de madera.

Los tablones crujieron y la puerta se abrió violentamente y golpeó contra el muro interior.

En el primer momento, no pudieron ver nada de particular.

El fuego iluminaba con resplandores rojizos el interior de la humilde vivienda, pero no había nadie a la vista.

—Te equivocaste —susurró Von Spitz—. La vieja no ha regresado aún.

Seguro de sí mismo, Rolf penetró en la casa, con Claus a la zaga.

Miraron a la izquierda, allá donde estaba la hoguera y vieron la silueta de un ser humano sentado al amor de la lumbre.

Rolf alzó el cañón de su rifle lentamente y avanzó dos pasos. Claus, menos decidido, se quedó junto a la puerta, con el lío ensangrentado en las manos.

—¡Eh, tú, date la vuelta! —gritó Von Blaustein, dispuesto a disparar.

El desconocido giró lentamente y les miró.

Von Spitz gritó estridentemente.

El hombre que estaba sentado a la lumbre era... Erik Weiber.

Erik, pálido y demacrado, Erik convertido en un espectro cuyas facciones infundían un frío de muerte en el corazón.

—¡Es él, es él! —chilló Rolf, descompuesto—. ¡Erik, Erik Weiber!

Y retrocedió tan apresurada y desordenadamente que chocó contra Claus. En la colisión Von Spitz alzó instintivamente el lío ensangrentado y el rostro y los labios de Rolf chocaron contra las repugnantes prendas.

Un momento después, los dos hombres escapaban de aquel lugar como poseídos por mil diablos.

Dentro de la cabaña, Henge se alzó lentamente de su escabel junto a la lumbre, se asomó al ventanuco, movió la cabeza y murmuró:

—¡Desgraciados! El espectro de Erik no estaba sino en vuestras atormentadas conciencias.

Capítulo 8

V

ERONIKA era alta, huesuda y acartonada.

No tendría mucho más de treinta años, pero aparentaba cincuenta, pues sus facciones se habían marchitado prematuramente y las comisuras de sus labios estaban marcadas por multitud de arruguitas que convertían su sonrisa en una mueca cruel y hostil.

Veronika pertenecía al servicio del conde Von Blaustein. Ayudaba en la cocina a la gordísima y locuaz Hilde Brot, pero su trabajo era secundario. Aunque ambicionaba un puesto de mayor responsabilidad y preeminencia, su aspecto nunca la había ayudado a conseguirlo.

Veronika podía ser fea, pero no tonta. Sabía que no era una mujer agradable. Y de ahí precisamente su sorpresa, su confusión y también aquella pizca de esperanza que la agitaba aquella tarde.

El motivo justificaba su agitación interior: el joven Rolf de Blaustein la había mandado presentarse inmediatamente en sus habitaciones privadas.

¿Sería posible que...? Pero no: decididamente no quería hacerse ilusiones prematuramente.

De todas formas y aunque había recibido órdenes de presentarse inmediatamente en las habitaciones de Rolf, Veronika se escondió en su cuarto y durante unos minutos se esforzó en peinarse y acicalarse lo mejor posible.

Sus cabellos, pajizos, eran de color mate, muy lacios y nada lustrosos. Tampoco tenían gracias sus empolvadas facciones, pero Veronika se puso un vestido limpio y finalmente se encaminó a las habitaciones de palacio con el paso ligero y el corazón golpeando fuertemente en su exiguo pecho.

—¡Adelante! —bramó Von Blaustein con recio vozarrón cuando ella golpeó tímidamente la puerta de nogal.

Jamás había tenido la oportunidad de conocer aquellas lujosas estancias. El brillo de los muebles y de las arañas, el mullido pisar sobre las magníficas alfombras y el aroma de los cigarrillos ingleses que Rolf fumaba la embriagaron.

—No te quedes ahí —le dijo Von Blaustein, un tanto impaciente—. Adelante, puedes sentarte a mí lado.

¡Sentarse a su lado, acomodarse junto a Rolf de Blaustein! ¿Cabía mayor honor?

—¿Cómo te llamas? —Rolf lo sabía de sobra.

—Veronika, señor. Veronika Shulder —respondió sin respiración—. Mis padres...

—Muy bien, Veronika. Siéntate, tenemos que hablar. ¿Te apetece un poco de vino?

Se sentó en el borde de la silla, erguida, intentando que sus pequeños senos destacasen sobre el vestido.

Y tomó con mano temblorosa la fina copa de cristal tallado que Rolf le ofrecía. Von Blaustein la observaba de reojo y comprendió la turbación de la poco atractiva mujer.

—Tengo entendido que ayudas a Hilde en la cocina...

—Así es, señor.

—Necesito que me hagas un pequeño favor, Veronika. Naturalmente, tendrás tu compensación. Tú misma elegirás lo que quieras.

Veronika parpadeó, deslumbrada.

Rolf de Blaustein necesitaba un favor *de ella*. Y estaba dispuesto a agradecérselo cumplidamente.

—En realidad, se trata de una pequeña broma, Veronika —dijo el hombre, sin darle importancia.

Y le explicó lo que pretendía.

La agitación de Veronika fue en aumento a medida que Von Blaustein explicaba su demanda.

—Pero, señor, yo...

—Ya te he dicho que solo se trata de una broma inocente. Es posible que después tú y yo nos riamos mucho. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Veronika tragó saliva. Pero su decisión estaba tomada.

—Sí, señor —respondió con un hilo de voz.

—Perfectamente. Dime qué quieres a cambio.

Había una cosa que ella ambicionaba hacía largo tiempo: convertirse en doncella al servicio directo del conde Von Blaustein. Un puesto así le permitiría avanzar mucho en la consideración de los demás sirvientes. Y además, estaría siempre cerca del hombre con el que secretamente había soñado tantas noches: el propio Von Blaustein.

Rolf sonrió insinuante.

—Haz lo que te he pedido y serás mi doncella —pronunció—. Y ahora vete. No hables con nadie.

Ella asintió, trémula, se puso en pie, dejó la copa en la mesa, hizo una leve reverencia y abandonó la estancia.

Cuando Veronika desapareció, Rolf abrió un cajón de su mesa y

acarició algo frío y consistente que luego dejó en la bandeja de plata: una pistola «Bauer», calibre treinta y ocho. Precisamente el arma que Claus había estado buscando locamente entre la nieve dos días atrás.

Von Spitz había huido cobardemente a la mañana siguiente. No se había despedido de Rolf, ni siquiera le había dejado una nota.

Evidentemente, Claus estaba aterrado.

Según había averiguado Rolf, el oficial había abandonado Blaustein a primera hora de la mañana. Por fortuna para él, acababa de llegar a Sirestadt el renqueante autobús que venía una vez por semana a la aldea desde Suntag. Claus se había marchado en él.

Al día siguiente, Rolf había pedido que le ensillaran su caballo y había partido de caza. Eso, al menos, fue lo que dio a entender.

Lo que verdaderamente hizo fue merodear a través del bosque hasta que vio salir de su cabaña a la vieja Henge.

Cuando la bruja se alejó hacia el Sur, Von Blaustein cabalgó hasta la choza, en la que entró y de la que volvió a salir al poco rato.

Después espoleó a su negro alazán y desmontó en lo alto de la loma donde los lobos habían devorado el cuerpo del joven Erik Weiber.

Buscó sistemáticamente entre la nieve y halló lo que buscaba: la pistola de Claus, profundamente enterrada entre el hielo.

En aquel momento se sentía demasiado desconcertado para poner sus ideas en orden. Todavía no tenía muy claras las ideas ni había, por tanto, trazado un plan concreto de acción.

Pero ahora sí. Ahora sabía muy bien lo que tenía que hacer. Debía mostrarse cauto, de forma que nadie pudiera comprometerle ni acusarle.

Si aquella boba de Veronika Shulder le ayudaba, su plan se desarrollaría implacablemente, sin un solo fallo.

Para ello necesitaba poner a Handarbeiter a la distancia necesaria.

—¿Cómo no lo pensé antes? —se preguntó a sí mismo—. ¡Estúpido de mí! Tenía la solución perfecta al alcance de la mano.

Estaba oscureciendo. Dentro de muy poco tiempo sabría si su plan se desarrollaba en la forma como había maquinado.

Entre tanto, Rolf bebía sin cesar y fumaba un cigarrillo tras otro.

A las ocho de la noche, su mayordomo entró y dijo:

Handarbeiter quiere verle, señor.

—¿Handarbeiter? —enarcó una ceja cínicamente—. Está bien, que entre.

Martin Handarbeiter tenía el rostro terroso, demacrado. Sus manos temblaban, tanto como sus labios entreabiertos y jadeantes.

—¿De qué se trata? —preguntó Von Blaustein, falsamente indiferente.

—¡Es mi esposa, señor! ¡Ha empeorado, se muere! —gimió su gigantesco servidor, tan compungido como un niño.

—¿Gertrud? ¿Estaba enferma?

—Así es, señor. Tenía una ligera fiebre, desde unos días acá. Pero esta noche, poco después de tomar un poco de sopa que le llevó una de las mozas, su rostro se congestionó y empezó a toser y toser. Tiene una fiebre altísima y su corazón late desordenadamente. Temo... temo que muera esta noche, si no recibe atención médica con urgencia, señor.

—Está bien. ¿Qué es lo que necesitas de mí, Martin?

Handarbeiter vaciló. La timidez le impedía expresarse.

—Señor, si pudiera llevar en el coche a mí mujer hasta Suntag, tal vez habría una esperanza de salvación para ella —expresó, al fin.

Rolf tardó unos minutos en considerar. Parecía reflexionar sobre aquella petición.

—Es mucho lo que me pides, Martin, pero puesto que tu esposa está tan enferma, sea. Toma el coche y llévatela a Suntag. Te recomiendo prudencia: la carretera debe estar helada. ¿Necesitas algún dinero?

—Gracias, señor, pero tengo unos marcos ahorrados.

Nunca... nunca podré olvidar su generosidad —murmuró con torpeza.

—Está bien, está bien. Márchate —le despidió Von Blaustein.

Handarbeiter volvió a repetir su agradecimiento y abandonó la estancia. Cuando la puerta se cerró tras él, los ojos de Rolf de Blaustein tenían un brillo febril.

—«Ve Handarbeiter —pensó—. Y ojalá que tú y tu mujer os despeñéis por un precipicio».

Cómodamente instalado frente a la chimenea de mármol, Rolf concentró sus pensamientos para perfeccionar sus criminales planes.

Había conseguido lo principal: alejar a Handarbeiter, que podía estorbar peligrosamente la realización de sus designios.

Unos minutos después, un zumbido potente le obligó a ponerse en pie. Detrás de los visillos de una ventana atisbó hacia el gran patio de la fortaleza y vio que el potente «Mercedes» abandonaba Blaustein.

Se frotó las manos, satisfecho.

—Si Handarbeiter no se despeña por un barranco en esta noche endemoniada, al menos conseguiré mantenerlo lejos de Blaustein durante uno o dos días. Y así...

Aún era demasiado pronto, pero cuando todos los sirvientes de Blaustein durmieran...

Estaba seguro. En el «Mercedes» solo viajaban Martin y su mujer, convenientemente arropada en el asiento trasero. De modo que Sonja debería estar en sus habitaciones.

Cuando llegó la medianoche, Blaustein estaba en silencio. Solo se oían los quejumbrosos aullidos de los lobos que merodeaban por los alrededores de Sirestadt y el silbido medroso del viento colándose a través de los intersticios de puertas y ventanas.

Rolf apagó entonces las luces de sus habitaciones y el palacio entero

quedó en tinieblas.

Conocía tan bien las diversas dependencias de Blaustein, que ni siquiera necesitaba luz para guiarse, pero de todas formas llevaba en la mano la moderna linterna eléctrica que le había regalado Erik Weiber.

Descendió, cruzó silencioso el gran patio de armas y se aproximó a la vivienda de los Handarbeiter.

A medida que se acercaba al lugar donde suponía a Sonja durmiendo apaciblemente, el deseo estalló en él de forma brutal. Ansiaba a Sonja, había soñado con ella docenas de veces, desde que...

Permaneció unos minutos a la escucha, fundido con las sombras. Confiado ya en que todos estaban acostados, introdujo una llave en la cerradura, la giró muy lentamente para que no sonase el menor chirrido y empujó la puerta con idéntica premiosidad.

Encendió un momento la linterna, sosteniéndola a baja altura, y se orientó. Cruzó dos humildes piezas de la vivienda y luego recorrió las cortinas que velaban la puerta del pequeño dormitorio de la hija de los Handarbeiter. Jadeaba y temblaba de puro deseo animal, de excitación incontinente.

Y luego... vio la humilde cama sin deshacer, la habitación vacía. Y rechinó los dientes de cólera y desespero.

—¡No está, no está! —gritó, incrédulo.

Pero ¿dónde estaba Sonja? Él había visto pasar el coche y Sonja no iba en él.

—¡Dónde, dónde, dónde...? —se preguntaba, ofuscado por el frustrado deseo.

Un momento después abandonaba la vivienda de los Handarbeiter, penetraba como un huracán en la habitación de Veronika Shulder, que se asustó visiblemente al ver aparecer a Von Blaustein.

—¡Señor! ¿Ha sucedido algo? —preguntó, trémula.

Pero Rolf no respondió. Despojándose a manotazos de las botas y sus ropas, se introdujo en la cama de la criada y la poseyó. Tan brutalmente que Veronika (aunque secretamente, había esperado siempre aquel momento) se aterró.

Poco después, Rolf saltaba del lecho con idéntica urgencia y se vestía apresuradamente.

—¡Señor, señor! —protestó Veronika, excitada por encima de su temor—. ¿Adónde vais ahora?

Rolf se desasíó brutalmente de la mano que le sujetaba, se incorporó y abandonó el dormitorio de la sirvienta.

Capítulo 9

ROLF apenas durmió dos horas. Cuando la luz del nuevo día penetró entre los visillos, el joven se incorporó, buscó una botella de licor y bebió un largo trago.

Se miró en un espejo de marco dorado. Y su aspecto le repugnó a él mismo: tenía los ojos inyectados en sangre y oscuros círculos alrededor de sus párpados. Sus facciones, pálidas y demacradas, tenían un rictus de ansiedad y temor.

Un zumbido lejano le obligó a correr hacia la ventana. En la lejanía, una pequeña mancha oscura se movía lentamente sobre la nieve.

Rolf retrocedió y sacó un catalejo del cajón de un bargueño. De nuevo en la ventana, extendió el aparato y miró con ansiedad.

El automóvil que se acercaba despacio a través de las heladas pistas era el «Mercedes» del conde Von Blaustein.

Dentro de él no viajaba sino su conductor, Martin Handarbeiter. El aparato óptico que tenía en las manos permitió a Rolf contemplar sus facciones crispadas y el brillo peligroso de sus ojos grises.

Gertrud, su esposa, no viajaba con él.

—¿Y si Gertrud hubiera muerto? ¿Y si Handarbeiter sospechase la verdad? —se preguntó Von Blaustein, despavorido.

Rápidamente, su cerebro comenzó a trabajar con toda urgencia.

Abandonó sus habitaciones, despertó a Kurd, el mayordomo, le dio instrucciones secretas y desapareció.

Quince minutos después, el automóvil que conducía Handarbeiter penetró en el patio de Blaustein.

Sin encerrar el coche en su garaje, Martin se dirigió inmediatamente a la cocina.

Unos chillidos agudísimos alarmaron a los restantes sirvientes minutos después.

Según declararía más tarde la obesa Hilde Brot —la cocinera—. Martin Handarbeiter penetró como un loco en la cocina y aferró por los cabellos a Veronika Shulder, que acababa de incorporarse a su trabajo.

Veronika exhaló un alarido de temor y sorpresa al verse cruelmente zarandeada por el gigante, que gritaba:

—¡Confiesa, confiesa, maldita arpía! Fuiste tú quien envenenaste a mi esposa, ¿verdad?

Hilde no se sintió con valor para intervenir.

Entre tanto, el gigante seguía aferrado a los cabellos de Veronika, hasta que parte de la cabellera de la sirvienta se desprendió del cuero cabelludo y ella salió despedida de espaldas.

Lo que ocurrió en aquel momento, no podría ser borrado fácilmente de la memoria de la gruesa Hilde Brot.

Veronika resbaló sobre el pavimento y cayó de bruces, en su desesperado intento por conservar el equilibrio, en la gran marmita en la que hervía el aceite.

El estridente alarido de Veronika se confundió con el chisporrotear del aceite, la angustiada exclamación de la cocinera y el jadeo profundo de Handerbeiter, el cual, demudado, se inclinó sobre Veronika y la asió con sus manos, que resultaron con graves quemaduras.

Cuando logró extraer de la marmita la cabeza y el tronco de Veronika, los cabellos de esta se desprendieron de su cráneo y cayeron al suelo.

Hilde se desmayó al contemplar el rostro deformado de Veronika, a quién Martin arrastraba hasta el agua fría en un intento inútil de auxiliarla.

Varias doncellas y otros servidores llegaron inmediatamente y contemplaron la tragedia. Veronika gemía débilmente entre los brazos de Handarbeiter, el cual rociaba sus monstruosas facciones con agua fría y pronunciaba incoherentes frases entre dientes.

Veronika murió minutos después, entre espantosas convulsiones y gemidos. Aprovechando el tumulto, Martin abandonó la cocina y ascendió a las habitaciones privadas de los Von Blaustein.

—¿Adónde vas, Martin? —le cortó el paso el mayordomo.

—Tengo que hablar con el hijo de mi señor —respondió Handarbeiter inexpresivo—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Descendió al oratorio, pero expresó su deseo de que nadie le molestase —le informó Kurd, manteniéndose rígidamente ante la escalera.

Handarbeiter le apartó de un empujón que envió a Kurd rodando por el suelo a varios metros de distancia.

Luego, enloquecido ya, descendió los peldaños de piedra que conducían hasta el oratorio, situado a nivel del suelo en el centro de la vieja fortaleza.

En el precioso templo forrado de mármol blanco, alguien había encendido unos cirios en el altar, pero Rolf de Blaustein no estaba allí.

Handarbeiter avanzó unos pasos, desconcertado, y al fin descubrió, abierta, la cancela de hierro artísticamente forjado que descendía a la cripta de los condes de Blaustein y a las antiguas mazmorras.

Eran precisamente las mazmorras el único lugar del castillo que Martin desconocía. Viktor Von Blaustein había manifestado repetidamente su voluntad de que aquella siniestra parte de la fortaleza permaneciera aislada y cerrada para todos.

Pero Martin Handerbeiter no estaba dispuesto ahora a observar ninguna prohibición. Porque por encima de cualquier cosa en este mundo necesitaba encontrar a Rolf.

La escalera que descendía a la cripta era ancha y circular, pero tan lóbrega que Martin se vio obligado a encender un fósforo para no precipitarse por los resbaladizos y empinados peldaños.

Sus movimientos eran cautelosos, desconfiados.

—¿Cuál será la causa que ha traído a Rolf a sepultarse en este tétrico lugar? —se preguntaba.

Un soplo de aire húmedo y malsano le dio en el rostro cuando atravesó bajo el arco de entrada a la cripta.

Un tanto temeroso, contempló los viejos sarcófagos donde descansaban desde siglos los cuerpos de los distintos condes de Blaustein y sus familiares más próximos. El piso de mármol verdoso vetado, estaba cubierto de polvo y limo resbaladizo.

Rolf tampoco se encontraba allí, según pudo comprobar. En ese momento, la llama del fósforo se extinguió entre sus abrasados dedos y Handerbeiter apenas fue capaz de reprimir un grito de dolor.

Luego, en medio de las densas tinieblas, consiguió encender, aunque penosamente, una nueva cerilla.

A la izquierda, se veía la baja puerta de granito que conducía a las misteriosas y lóbregas mazmorras.

Por un momento, Martin estuvo a punto de retroceder y renunciar a sus planes, pues el pánico se apoderó de él.

Pero inmediatamente el recuerdo de su pobre esposa, muerta apenas llegar al domicilio del doctor Karl Haarman, en Suntag, le fortaleció y dio ánimos suficientes para seguir adelante.

Tuvo que inclinarse hacia adelante para poder penetrar en las mazmorras, tan bajo era el marco de granito de aquella entrada.

A sus ojos se ofreció una corta escalera que desembocaba en una gran nave subterránea. Vio cosas horripilantes: esqueletos humanos aún sujetos por argollas y cadenas a los recios muros de piedra, potros de tortura, tenazas, martillos, un horno en un rincón... Todo lo que recordaba pretéritas barbaries y oscuras escenas de horror.

Había otro aposento, en un plano inferior, donde se encontraban los pozos que constituían las verdaderas mazmorras donde, en otros tiempos, se habían podrido en vida docenas y docenas de infelices rebeldes o simples disidentes religiosos.

Martin se vio forzado a arrojar la cerilla que tenía entre los dedos y

nuevamente se vio sumergido en las tinieblas.

Buscó nuevos fósforos en sus bolsillos, pero la caja estaba vacía.

Fue precisamente en aquel instante cuando experimentó un pánico profundo, un ramalazo de pavor que le estremeció de pies a cabeza.

Y luego... Luego se vio brillar una luz potente en las tinieblas.

Parecía una lámpara que estuviera colocada a ras del suelo, que expandía un rayo de luz muy vivo y arrancaba destellos azulados de las húmedas losas del pavimento.

Inconscientemente, Handarbeiter avanzó hacia aquel lugar, que suponía un faro seguro en medio de las tinieblas.

No pensó entonces en ninguna trampa. Solo pretendía llegar a la luz, huir de la densa oscuridad.

Fue en la penumbra todavía cuando, sintió el áspero dogal alrededor de su cuello. En un impulso instintivo, sus manos abrasadas por el aceite hirviendo se alzaron hasta el cuello, intentando zafarse del lazo mortífero.

En ese momento, su cuerpo se desprendió del suelo, elevado por la recia sogá arrollada a su cuello.

No tuvo tiempo de gritar su sorpresa y su terror. Durante un minuto, el gigante se estremeció al extremo de la sogá de la que pendía su cuerpo. Finalmente todo movimiento cedió. Handarbeiter estaba muerto.

Quince minutos más tarde, una campanita de plata tintineó en las habitaciones de Rolf Von Blaustein.

El mayordomo se apresuró a acudir. Asombrado, enarcaba una ceja cuando se presentó ante Von Blaustein.

—Señor, creí que estabais en...

—Hace más de media hora que subí de rezar mis oraciones. Kurd. ¿A qué viene esa expresión de perplejidad? —exclamó Rolf, ceñudo.

—Handarbeiter vino aquí. Parecía furioso y atormentado. Quería veros, señor, y aunque se lo prohibí, me apartó rudamente y descendió al oratorio. Parecía enloquecido. Pero eso no importa ahora, señor —pronunció Kurd—. Ha ocurrido un incidente gravísimo, según acabo de saber: Martin atacó a Veronika Shulder en la cocina. Accidentalmente, la mujer cayó de bruces sobre una marmita llena de aceite hirviendo. ¡Ha sido horrible, señor! Veronika Shulder acaba de morir.

—¡*Mein Gott!* —exclamó Rolf, falsamente conmovido—. Después de eso, el loco de Handarbeiter es capaz de cometer cualquier barbaridad. ¿No crees que debemos ir en su búsqueda, Kurd?

—Es lo más sensato, señor. Os acompañaré.

Bajaron con urgencia al oratorio. Y de allí a la cripta y a las profundas galerías subterráneas de las mazmorras.

Martin Handarbeiter aún se mecía lentamente al extremo de una sogá pendiente de una garrucha de madera.

—¡*Meine Dame!* —exclamó Kurd, desencajado—. ¡Martin ni siquiera se

detuvo a pensarlo! Debía estar tan desesperado...

Detrás de él, Rolf sonrió. Era mucho mejor que Kurd extrajese sus propias conclusiones.

—¿Piensas que Handarbeiter, movido por los remordimientos, vino a este lugar para poner fin a su vida? —preguntó suavemente.

—¿Quién puede dudarle, señor? —respondió el mayordomo—. No cabe duda que él fue el causante de la muerte de Veronika, aunque parece ser no se proponía matarla sino obligarla a confesar algo. Algo que ya nunca sabremos por desgracia.

Von Blaustein tornó a sonreír, complacido, aunque procuró que su mayordomo no pudiera captar su regocijo.

—Una espantosa desgracia —dijo—. Celebro que mi padre no esté aquí, pues hubiera sufrido terriblemente. Ya sabes lo sensible que es el conde.

—¿Qué debemos hacer, señor? —consultó Kurd.

—Cumplir con nuestro deber —respondió Von Blaustein con voz solemne—. Busca a Joachim y pídele que te lleve en el coche a Sirestadt. Busca al alguacil Lebermeier e infórmale de esta doble tragedia. Yo me ocuparé de todos los gastos del funeral y enterramiento de estos dos infelices.

Capítulo 10



El joven doctor Karl Haarman volvió lentamente a su casa, desde el distante cementerio de Suntag. Sarah, su vieja y leal sirvienta, se asustó al contemplar al semblante pálido y concentrado del doctor.

—Tiene mala cara, señor. Ha debido enfriarse. Venga, le prepararé una bebida caliente —dijo la buena mujer.

Karl la siguió en silencio y se sentó en un escabel junto al fuego de troncos que Sarah mantenía todo el día encendido en el hogar.

Sin embargo, el doctor Haarman no se había enfriado. Sencillamente, se sentía muy preocupado por aquel asunto de los Handarbeiter, de Sirestadt.

El gigantesco Handarbeiter había traído a Gertrud de madrugada. En cuanto sacaron a la mujer del coche y la instalaron en una cama, Karl sospechó que a aquella mujer la habían envenenado.

Por desgracia, Gertrud Handarbeiter falleció pocos minutos después. Como era su deber, el doctor Haarman envió su informe al juzgado.

Según había sabido después, la policía fue a Sirestadt y volvieron con aquel informe: Handarbeiter había sido el culpable indirecto de la muerte de una pobre mujer, Veronika Shulder, ayudante de Hilde Brot, la cocinera de los condes Von Blaustein. La policía había interrogado a los sirvientes exhaustivamente, pero la verdad no llegó a establecerse. La policía imaginaba que Veronika Shulder odiaba a la esposa de Handarbeiter y que la había envenenado para vengarse de ella. Martin había intentado que Veronika confesara sus turbios manejos y en la disputa, esta había caído en una gran marmita de aceite hirviendo, sufriendo una muerte horrible en medio de sufrimientos espantosos. Martin se había ahorcado poco después.

Hasta ahí llegaba la investigación de la policía, que había dado por resuelto el caso.

Pero el joven Karl Haarman no podía creer que tres personas murieran en tan dramáticas circunstancias sin que existiera una explicación más amplia y convincente.

Había transcurrido apenas una semana desde que tuvieran lugar aquellos sucesos. Karl se había gastado ciento veinticinco marcos —casi todos sus ahorros de un año— en sufragar los gastos de enterramiento de Gertrud Handarbeiter.

Cualquier persona honrada se hubiera sentido segura de haber obrado rectamente, en conciencia. Pero Karl Haarman no.

Recordaba las últimas y agitadas palabras de Martin Handarbeiter antes de separarse de él, minutos después de que Gertrud expirara:

—¡Ha sido él, ha sido él, ese maldito engendro! Estoy seguro. Pero tengo que demostrarlo —rugió.

Haarman intentó retenerle, obtener una explicación más detallada. Pero Martin, obsesionado y violento, se marchó hacia Sirestadt en el coche de los Von Blaustein.

Y ahora, el doctor Haarman se debatía en la duda. ¿Debía olvidar aquel asunto o, por el contrario, investigar hasta las últimas consecuencias?

Esa misma tarde se decidió. Y fue el recuerdo de Sonja, la bella hija de Martin, lo que determinó su postura ulterior. Recordaba a Sonja, que había acudido con su padre a la consulta de Haarman en algunas ocasiones. Una muchacha esbelta, de facciones exóticas, muy guapa.

—Quizá ella sepa mucho más de lo que sé yo acerca de este asunto —se dijo el médico.

No durmió bien aquella noche. Pensaba en Sonja, huérfana de repente, una infeliz muchacha sin cobijo, abandonada a quién sabe qué clase de peligros.

A la mañana siguiente, dijo a Sarah que había decidido adelantar sus vacaciones navideñas, hizo una maleta, dejó unos pocos marcos a la buena mujer y partió en su pequeño «Opel».

Había un terrible temporal de nieve y tardó casi cuatro horas en cubrir los noventa kilómetros que separaban Suntag de Sirestadt.

Karl Haarman detestaba visitar aquella aldea. Y era el carácter sombrío de sus edificios, de sus habitantes, lo que le repelía. Se trataba de individuos hoscos, introvertidos, y lo que era peor, entregados a toda clase de supersticiones e incluso abominables ritos paganos.

Sin embargo, a veces se veía obligado a viajar a Sirestadt para atender a algún enfermo grave. Cuando esto ocurría, se hospedaba siempre en la casa de *Frau* Herta Dinger, una viuda de cincuenta años que solía alquilar habitaciones a los escasos forasteros que llegaban a la aldea.

Frau Dinger no se sorprendió demasiado al recibir la visita del doctor Haarman, pues imaginaba que el joven venía a visitar a algún enfermo.

Discretamente, Karl le interrogó sobre los hechos sucedidos en Blaustein. *Frau* Dinger no sabía mucho, apenas las noticias que andaban de boca en boca, una versión que venía a coincidir con el informe de los policías de Suntag.

Al hacer alusión a Sonja, la viuda dijo únicamente que la hija de los Handarbeiter había desaparecido el día anterior a la muerte de Gertrud.

Haarman insistió amablemente, aduciendo mera curiosidad.

—A veces, Sonja iba a visitar a Henge Anfang, la hechicera —dijo la señora Dinger, sin darle importancia.

Karl almorzó y poco después abandonaba la casa con su maletín profesional en la mano, detalle que probablemente ahuyentaría cualquier sospecha por parte de la señora Dinger.

Y se dirigió bajo la espesa tormenta de nieve hacia el Norte. Su objetivo no era otro que la cabaña de la vieja Henge.

★ ★ ★

Sonja se sentía cada vez más impaciente.

—Pero, Henge, es preciso que vuelva a Blaustein —protestó—. Mis padres estarán preocupados. Además, necesito saber si mi madre está bien ya.

Las húmedas ramas restallaban sonoramente entre las llamas de la hoguera. El ambiente, dentro de la cabaña, era cálido y confortable. Pero afuera los copos de nieve se amontonaban sobre el marco del ventanuco, tapando parcialmente la luz que procedía del exterior.

—Tu padre te envió conmigo, Sony —observó la vieja, afectuosamente—. Cuando él estime que debes volver, nos avisará.

Pero Sonja era muy joven y la ansiedad la consumía.

—Estoy decidida, Henge. Volveré a Blaustein. Ahora mismo —pronunció. Y se puso en pie impulsivamente.

Henge la miró fugazmente y movió la cabeza, apenada. En su interior, odiaba ser tan cruda con la tierna Sony, pero no tenía más remedio que hablar claramente si quería retenerla para salvarla.

—Lo siento, Sony, pero debes saberlo: tus padres han muerto —pronunció.

Sonja se volvió hacia la anciana con dolorosa sorpresa.

Con palabras suaves y llenas de cariño, la anciana fue describiendo con sencillez la tragedia que había costado la vida a Martin y Gertrud Handarbeiter.

Sony se desplomó sobre un escabel y su pecho se estremeció en profundos sollozos durante largo tiempo.

Al cabo, todavía húmedas las facciones por las lágrimas, irguió la cabeza y miró a la hechicera con asombro:

—Pero ¿cómo lo sabes tú? —exclamó, atónita—. ¡No te has movido de esta cabaña desde la tarde en que vine aquí...!

Henge movió la cabeza lentamente.

—Lo sé, y eso basta. Como sé otras muchas cosas. Sé que tú estás en

peligro de muerte, pero alguien vendrá y te salvará.

—¿Alguien? —preguntó Sony con reverente credulidad.

—Un hombre. Un hombre joven y honrado. Lo sé —expresó la vieja categóricamente.

Sony inclinó la cabeza sobre el pecho, sin esperanzas.

—En Sirestadt hay algunos hombres jóvenes, pero ninguno de ellos es honrado —musitó.

La vieja asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Tienes razón. Los hombres de Sirestadt están dominados por la codicia, los turbios deseos y el desenfreno. Pero *él* no es de aquí. Vendrá de otra ciudad y se ocupará de ti. Ese es mi consuelo.

—¿Tu consuelo? ¿Por qué?

Henge la miró con fijeza.

—Sé que voy a morir. Muy pronto. Tal vez, hoy mismo.

Lo presiento —dijo con voz lúgubre que asustó a la muchacha.

—Pero yo no puedo permitir que...

—No moriré de muerte natural, Sony —anunció la bruja, imperturbable—. Una turbamulta de seres salvajes y enfebrecidos llegará hasta este lugar, guiados por él.

—¿El?

—Rolf, el engendro de los Blaustein. Jamás debí permitir que viviera —pronunció la anciana con voz profunda, remota.

—Pero ¡no es posible! Tú eres buena, afectuosa, compasiva...

—No hay lugar para la compasión en el corazón podrido de Rolf de Blaustein —dijo Henge con voz opaca—. Los otros... quizá no sean perversos como él, pero secundarán los designios del maligno Rolf, porque este los habrá comprado.

Las ramas seguían chisporroteando en medio de la hoguera. La tarde iba cayendo lentamente.

De pronto, Henge irguió el busto y gritó:

—¡Los veo, los veos! Ya vienen hacia acá... ¡Oh, no, Dios mío, no es posible que...! Pero sí, sí, lo harán, no tendrán misericordia. Está decidido. Y yo tengo que aceptarlo: moriré en la hoguera.

Capítulo 11

ROLF se sentía satisfecho. Había llevado a cabo una labor sutil, inteligente.

Había reunido a los más peligrosos individuos de Sirestadt, los había agasajado y lisonjeado. Y ellos, torpes campesinos, hombres incultos de la montaña, se sentía orgullosos de que el heredero de Blaustein les tratase como a iguales.

Habían bebido hasta hartarse, tras aquella parodia de cacería en la que todos volvieron a Blaustein con las manos vacías.

Ni una sola pieza había sido cobrada a lo largo de la montería. Pero a Rolf de Blaustein no le importaría demasiado. Esa misma tarde pensaba cobrar *una sola pieza*, la más importante de todas: la maldita Henge Anfang.

Cuando los aldeanos que había reunido en su mesa estaban completamente ebrios: Rolf suscitó casualmente el tema. Habló de las desgracias de todo orden que se abatían sobre Sirestadt, de los últimos y dramáticos acontecimientos, y añadió:

—No quiero creer que estos luctuosos sucesos se deban simplemente a la mala suerte, al destino. Debe haber algún motivo específico, una fuerza del mal que provoca estos abominables hechos, una persona que nos odia a todos y tiene a su favor las fuerzas de los espíritus de las profundidades. Y esa persona no puede ser sino...

—¡La vieja, la maldita, la abominable Henge! —exclamó uno de sus invitados.

—¡Sí, sí, es ella, no cabe duda! —gritó otro.

Ahora, todos se peleaban por gritar, por acusar a Henge Anfang. Y de allí hasta el momento en que todos decidieran subir a su cabaña y sacarla arrastrando solo distaban unos minutos y unos vasos más de licor.

—¿A qué esperamos? —gritaba Zield, excitado—. ¡Vayamos a por ella, apresémosla, arrastrémosla hasta la plaza de Sirestadt y habrán terminado todos nuestros males... una vez la hayamos lanzado al centro de una pira!

Su proposición fue acogida con violentas manifestaciones de

asentimiento. Los hombres vociferaban, bebían las últimas capas, el licor derramado manchaba los manteles y el suelo, pero Rolf se mantenía apartado del tumulto.

El solo había encendido la chispa. Que aquel puñado de estúpidos se encargase de ejecutar sus designios. De esta forma, nadie podría acusarle jamás de haber decretado la muerte y el martirio de la hechicera, pues él ni siquiera había pronunciado su nombre.

Entre los asistentes se encontraba Lebermeier, el alguacil, la única autoridad de Sirestadt. ¡Y era precisamente Lebermeier el más borracho de todos y uno de los que más gritaba!

Al fin, algunos de sus invitados abandonaron el comedor y arrastraron a los demás. Rolf los vio desde una alta ventana cuando se dirigían en tropel hacia el bosque, gritando y barbotando maldiciones como energúmenos.

Se restregó las manos satisfecho.

—Tira la piedra y esconde la mano. Sí después se producen represalias, yo me encontraré a salvo de cualquier acusación —se dijo.

★ ★ ★

También el doctor Karl Haarman oyó los gritos de la excitada muchedumbre que corría hacia las cumbres bajo la copiosa nevada que no paraba de caer.

Un momento antes había terminado por confesarse que se había extraviado bajo la nevada. Las instrucciones de *Frau* Dinger no eran demasiado explícitas, pero la enorme cantidad de nieve que caía hicieron el resto.

Al borde del bosque al que había ido a parar, Karl escuchó los gritos, los denuestos y las maldiciones.

Solo tuvo que escuchar unos minutos a aquellos hombres enloquecidos para comprender lo que se proponían.

Las turbas pasaron a cincuenta metros del lugar donde se hallaba escondido y desaparecieron vaguada arriba. Al cabo de un minuto, Karl los siguió, excitado.

Cuando descubrió la humilde cabaña que desaparecía prácticamente entre la nieve, el populacho penetraba en la choza furiosamente, apretujándose, golpeándose y disputando cada cual para ser el primero en poner sus manos sobre la indefensa anciana.

Corrió a toda prisa cuesta arriba. Pero Haarman no era un campesino y no sabía caminar sobre la gruesa y esponjosa capa de nieve. Se hundía, resbalaba, caía y tornaba a incorporarse jadeante.

De todas formas, cuando remontaba la pendiente que llevaba a la cabaña, la cincuentena de excitados individuos arrastraban ya un bulto

oscuro sobre la nieve.

Horrorizado, el doctor Haarman advirtió que las ropas de aquella pobre mujer estaban empapadas en sangre.

Sin reflexionar, escaló los últimos metros y se lanzó contra los individuos que arrastraban el cuerpo exánime de Henge Anfang.

En aquel momento no tenía conciencia clara del peligro que corría. Solo sabía que estaba presenciando una escena primitiva y brutal y sus sentimientos le impulsaron a salir en defensa del más débil.

No tuvo muchas posibilidades, ciertamente. Uno de aquellos robustos individuos le aferró por un brazo, otro proyectó contra su rostro un puño enorme al mismo tiempo que pronunciaba una horrible blasfemia.

Haarman dejó escapar un grito de dolor y cayó rodando vertiginosamente por la pendiente nevada.

Debió permanecer unos minutos inconsciente, pues cuando fue nuevamente dueño de sus sentidos solo se oían lejanos gritos.

Sobre la nieve quedaba la huella de las turbas. Y, a trechos, la nieve se confundía con profusas manchas de sangre.

También Karl sangraba por la nariz y la boca, pero se limpió de un violento manotazo la sangre de su rostro, se incorporó y caminó, tambaleante, pendiente abajo.

Pero a sus oídos llegó el crepitar de las llamas y sus ojos captaron el resplandor rojizo que tornaba la nieve de color anaranjado.

Se detuvo, giró y vio las llamas que prendían, irrefrenables, en los viejos maderos de la cabaña de Henge.

Un pensamiento estalló en su cerebro:

—¡Sonja...!

Si la hija de Martin Handarbeiter, se encontraba con la hechicera en el momento en que aquellos energúmenos habían invadido la cabaña y arrastrado lejos de ella a la anciana, era casi seguro que Sonja estuviera allí dentro aún.

—¡Dios mío, va a morir abrasada! —gimió.

Escaló desesperadamente la sucia pendiente y llegó a la pequeña explanada. Un segundo después se precipitaba al interior de aquel horno candente.

La vio al primera vistazo. Estaba tendida en el suelo, inmóvil, con las ropas destrozadas y ensangrentadas.

En aquel instante, parte del techo, ya incendiado, se desprendió y cayeron varios maderos encendidos, cuyas llamas prendieron rápidamente en los vestidos de Sonja.

Karl se lanzó sobre ella y la cubrió con su cuerpo para apagar las incipientes llamas. Dentro del establo, las cabras y cabritos de Henge Anfang balaban asustados.

Karl se puso en pie, tomó a Sonja en sus brazos y la sacó al exterior y la

deposició sobre la nieve a distancia prudencial de la cabaña.

A continuación, hizo algo que podía haber sido tachado de suicida. Sí, verdaderamente fue absurdo: volvió a la cabaña que era rápidamente devorada por las llamas, atravesó la estancia anterior, empujó la puerta del establo y permitió que dos cabras y varios cabritillos escaparan al exterior de una desesperada y veloz carrera.

Cuando se inclinó sobre Sonja, ella gimió quedamente.

—¡Bárbaros! —rugió el médico, contemplando aquel rostro magullado y ensangrentado.

La habían golpeado ferozmente, de tal forma que los abultados párpados apenas permitían ver a sus ojos. Pero eso no era todo: le habían destrozado la dentadura y arrancado a golpes casi todos los incisivos, por lo que la boca de la joven estaba llena de sangre a medio coagular.

Haarman puso boca abajo a Sonja y la golpeó suavemente con palmadas en la espalda. Finalmente, la muchacha tosió violentamente y arrojó los coágulos de sangre que podían haberla ahogado.

Luego la reconoció sucintamente y comprobó que no padecía más lesiones graves, aunque todo el cuerpo de Sonja estaba cubierto de contusiones.

—¡Henge...! —pronunció ella, con gran dificultad.

—Cálmate, pequeña. Ahora tengo que llevarte a Sirestadt, y ocuparme de ti. No temas. Soy un amigo. Te ayudaré —pronunció a su oído.

Los violáceos e inflamados párpados se abrieron en una rendija.

—¿Doctor... doctor Haarman? —murmuró ella.

—Sí, soy Karl Haarman. Voy a llevarte conmigo.

Consiguió ponerla en pie sin gran esfuerzo y se la cargó cuidadosamente sobre el hombro derecho. Luego echó a andar despacio hacia la aldea, sin advertir las gotas de sangre que brotaban de entre los labios de la joven y manchaba sus pantalones.

A medida que se iba aproximando a la aldea, los gritos desaforados sonaban más y más próximos.

Por eso, como mínima medida de cautela, el doctor Haarman rodeó las últimas casas de Sirestadt y llegó a la casa de *Frau* Dinger sin contratiempos.

Por fortuna, la mayoría de los habitantes de Sirestadt habían abandonado sus viviendas y se dirigían, ávidos y curiosos, hacia la plaza para averiguar la causa de aquel tumulto. Tampoco *Frau* Dinger estaba en casa, de modo que Karl ascendió rápidamente los peldaños de madera y penetró en su habitación, que cerró inmediatamente con llave.

Dejó caer su maletín al suelo y descargó cuidadosamente el cuerpo de la muchacha sobre su propio lecho.

Encendió la estufa de leña, colocó una palangana de hierro con agua en su parte superior y esperó a que se calentase. Luego comenzó a limpiar el

rostro de Sonja, mientras murmuraba entre dientes palabras injuriosas dirigidas a los infames que habían dado una terrible paliza a una muchacha inocente.

Sonja volvía a la consciencia lentamente. Sollozaba y murmuraba algo incomprensible y Haarman experimentó una profunda piedad hacia la joven. ¿O era simplemente ternura?

Sacó unas gotas de su maletín que hizo huchear a Sonja después de mezclarlas con agua. A los pocos minutos, la hemorragia bucal quedó detenida y Sonja pudo respirar libremente. Haarman lavó y limpió sus cabellos, también manchados de sangre y más tarde la obligó a tragar un sedante.

—¡Henge, Henge, la van a quemar! —balbuceó la joven, agitándose con violencia.

Karl tuvo que sujetarla fuertemente para evitar que Sonja se arrojara fuera del lecho. Intentó tranquilizarla, le habló al oído dulcemente mientras acariciaba sus cabellos y finalmente ella se durmió, aunque su sueño no era tranquilo pues de cuando en cuando leves estremecimientos la sacudían de pies a cabeza.

Inquieto, se preguntó si sería verdad que aquellos facinerosos se proponían quemar a la vieja Henge, fuera viva o muerta.

En cualquier caso, un hombre honrado debía de impedir tamaña barbaridad. Iría a visitar al alguacil, le obligaría a intervenir, a formar a un grupo de honestos aldeanos que se opusieran a los fanáticos proyectos de aquellos locos.

Recompuso rápidamente su aspecto exterior ante un espejo, dirigió una rápida mirada a Sonja y salió. Cerró con llave y descendió la escalera. Al parecer, *Frau Dinger* no había vuelto aún.

Haarman se dirigió directamente a la plaza. No tardó mucho en divisar al populacho que se agitaba, vociferante, alrededor de los que ocupaban el centro.

Había numerosas personas, aunque la mayoría eran hombres. Quizá cuatrocientos individuos, es decir, casi la población de Sirestadt.

Sin acercarse demasiado, el médico rodeó la bullente turba y se dirigió a la casa donde vivía el alguacil Lebermeier, situada en la misma plaza.

El alguacil no estaba allí, pero desde lo alto de la escalera, Haarman divisaba perfectamente el centro de la asamblea que ocupaba la plaza. ¡Y uno de los que estaba allí, gritando como energúmenos, era precisamente el alguacil Lebermeier!

—Él también está comprometido en ese sacrificio horrendo —murmuró Karl, alarmado. Y comprendió que nada podría hacer para evitar que aquellos individuos desnaturalizados llevaran a cabo su espeluznante designio.

Asqueado, se disponía a alejarse, cuando descubrió al personaje que

ocupaba un lugar alejado en un ángulo de la plaza de Sirestadt. Aunque solo lo había visto en una ocasión, lo reconoció inmediatamente: se trataba de Rolf Von Blaustein.

Montaba en negro y poderoso alazán y vestía un holgado gabán de piel de nutria.

Haarman le observó con interés y vio el brillo de repelente satisfacción que había en los ojos del conde Von Blaustein.

No necesitó más para adivinar que aquel siniestro personaje que se mantenía en la sombra era el único responsable de los desmanes de los aldeanos de Sirestadt. Y en aquel momento, Karl Haarman se propuso firmemente que expondría su vida por hacer pagar sus crímenes a Rolf de Blaustein. No sabía, entonces, que Von Blaustein estaba abocado a un final horrible.

Desde el privilegiado lugar en que se hallaba, Von Blaustein podía ver el flaco y desnudo cuerpo de Henge Anfang, cuya piel habían manchado de alquitrán.

Karl se sintió traspasado por la compasión y la furia. Sin embargo, nada podía hacer para librar a la pobre anciana de sus sufrimientos, pues era consciente de que aquellos bárbaros no dudarían en asesinarle si se oponía a sus planes.

—Es muy poco probable que Henge esté aún viva —murmuró, estremecido, contemplando el pobre cuerpo desnudo y mancillado que descansaba sobre el hielo.

Algunos individuos, iban y venían constantemente hasta confluír en el centro de la plaza, donde depositaban los haces de leña que poco a poco iban formando la pira.

Rostros sudorosos y brillantes, facciones crispadas, ademanes violentos, maldiciones y blasfemias.

Karl deseaba marcharse de allí cuanto antes, pues no quería ser testigo de la escena de barbarie que se aproximaba.

Sin embargo, sus piernas se negaban a moverse de la escalera de acceso a la vivienda del alguacil Lebermeier y sus ojos miraban con hipnótica fijeza hacia el centro de la plaza.

El montón de leña iba creciendo sin pausa. Ya la gigantesca pira comenzaba a superar la altura de los hombres que se apiñaban alrededor del cuerpo de Henge, la bruja.

—Están dominados por atávicos sentimientos de ferocidad e inmisericordia —pensó Haarman, asustado.

Rolf Von Blaustein continuaba erguido sobre la silla de su caballo, inmóvil y atento.

En apariencia, todo aquello nada tenía que ver con él, pero Haarman intuía que los hombres que dirigían el cruento y primitivo acto le consultaban constantemente con la mirada.

De pronto, cuatro hombres tomaron el flaco cuerpo de Henge y lo alzaron sobre la pira de leña, en cuya cima lo dejaron caer.

Un estremecimiento de sádico placer recorrió a las personas que se arremolinaban y apretaban alrededor del reducido círculo libre cuyo centro ocupaba la pira.

¿Qué iba a ocurrir ahora?

Karl contuvo el aliento. Quizá en el último momento se produjera un milagro, quizá...

Brilló la pequeña llama que prendió en una tea de pino y luego la llamarada brotó, fulgurante de la parte inferior de la pira, que uno de ellos había regado con petróleo para que las llamas se extendieran con mayor rapidez.

—¡Ojalá... ojalá esté muerta! —deseó vehementemente el doctor Haarman.

Pero miró por última vez hacia lo alto de la pira, achicó sus ojos para forzar la visión y vio moverse lentamente los labios de la pobre Henge.

¡La bruja estaba viva aún...!

Capítulo 12

SOLLOZABA, impotente, cuando abandonó la plaza y corrió hacia la casa de *Frau Dinger*.

Haarman acababa de tomar una decisión: Coger a Sonja, meterla en su «Opel» y trasladarse rápidamente a Suntag, donde lo primero que haría sería alertar a la policía para que corrieran a Sirestadt y detuviera a Rolf de Blaustein y a cuantos hubieran tomado parte en el sacrificio, muchos de cuyos rostros llevaba indeleblemente grabados en su memoria.

Cuando se aproximaba a la callejuela, vio surgir el vivo resplandor de las llamas y tuvo una corazonada.

Dobló la esquina y vio que su pequeño «Opel» ardía por los cuatro costados.

Karl se estremeció de ira.

—¡CANALLAS! —gimió—. ¿Cómo me las arreglaré ahora para sacar a Sonja de aquí?

Tuvo que arrojarle sobre el helado pavimento bruscamente, pues el depósito de gasolina acababa de estallar y fragmentos de metal y chorros de gasolina incendiada brotaban en todas direcciones.

Pero el sonido de la fuerte explosión no llamó la atención de nadie, pues todos permanecían pendientes del salvaje holocausto que se celebraba en la plaza.

Cuando las llamas que se extendían en un gran círculo se extinguieron, Karl atravesó la callejuela y penetró en la casa de *Frau Dinger* en el momento en que brillaba un relámpago cegador, seguido de un horrísono trueno que hizo vibrar el edificio como si las paredes fueran a derrumbarse de un momento a otro.

Ahora, Karl Haarman se sabía acorralado. Ignoraba quién había prendido fuego a su coche pero lo más probable era que la orden partiera de Von Blaustein. Si este había visto el «Opel» del médico, debió imaginar que el doctor Haarman podía convertirse en un testigo indeseable y peligroso. Y en consecuencia, después de destruir el coche, Karl tenía la

retirada cortada, pues resultaba imposible llegar a la lejana Suintag a pie.

Sin embargo, Haarman era un hombre de nervios bien templados, a pesar de su humana sensibilidad. Estaba decidido a defender y cuidar a Sonja Handarbeiter aunque le fuera en ello la vida.

—¡Si al menos tuviera un arma...! —se lamentó, cuando iniciaba el ascenso a su habitación.

Se detuvo bruscamente. *Frau Dinger* tenía un arma. En numerosas ocasiones, Karl había visto un fusil «Máuser» colgado sobre la pared de la chimenea. ¿Por qué no echar una ojeada, puesto que la dueña de la casa estaba ausente?

No dudó un momento. Volvió sobre sus pasos, caminó por el pasillo y llegó a la pieza principal de la casa.

Allí estaba el fusil. Karl lo descolgó, movió el cerrojo y comprobó que el arma estaba limpia y en perfectas condiciones de funcionamiento.

Solo faltaban las balas. Y en el topetón de la chimenea había una caja de hojalata con noventa cartuchos.

Satisfecho por su descubrimiento y sin pensar siquiera por un momento que aquello era un robo —dadas las circunstancias—, volvió al pasillo y ascendió los peldaños de madera.

La puerta estaba entornada, detalle que obligó a detenerse al médico, cauteloso. ¿Alguien que había decidido hacerle una visita sin anunciarse previamente?

Abrió completamente las dos hojas de un seco patadón. No, no había nadie.

Ni siquiera estaba Sonja.

Aunque la temperatura era inferior a los diez grados bajo cero, Karl notó que sus ropas se empapaban de sudor.

—Alguien estuvo aquí y se la llevó —pensó, sombrío.

Pero no era cierto.

Alguien había utilizado la pastilla de jabón como rudimentario medio para escribir unas palabras sobre el entarimado de madera.

Haarman las leyó, estupefacto.

«Gracias por todas sus bondades, doctor Haarman. Siento no poder esperarle, pero ahora tengo que marcharme. Tengo que hacer algo que prometí a Henge».

No había firma, pero tampoco era necesario. Aquel mensaje había sido escrito por Sonja.

—¡Desdichada! —gimió Karl, consciente del peligro que corría la joven—. ¡Ha ido a meterse en la boca del lobo...!

Un potente fulgor azulado que penetraba por la ventana interrumpió sus pensamientos. Sin transición, se oyó el terrible trueno que hizo vibrar los cristales y desprendió una nube de polvillo del techo.

Una poderosa tormenta se abatía sobre Sirestadt. No se trataba de un fenómeno meteorológico corriente, pues los sólidos edificios de la aldea se estremecían desde los cimientos y en el exterior se oía el estrépito producido por las chimeneas que se desprendían de los inclinados aleros.

En otra ocasión, el doctor Haarman se habría sentido aterrado ante aquella muestra de las desatadas fuerzas de la Naturaleza, pero en esta ocasión Karl tenía una idea obsesiva en su mente: Sonja.

Cuando recogía su maletín, observó un hecho singular: del lecho faltaban las dos sábanas. ¿Por qué? ¿Se las habría llevado Sonja?

Descendió la escalera atropelladamente y llegó a la calle.

Algunas mujeres corrían desoladamente en todas direcciones y buscaban la protección de sus casas. La calle estaba cubierta de cascotes y los muros de los edificios aparecían recorridos por profundas grietas.

Saltó por encima de los cascotes, después de alzarse sobre el rostro las solapas de su resistente impermeable.

Algunas personas se cruzaron con él, lanzando gritos y aspavientos, pero Haarman no les dedicó ninguna atención.

Advirtió que rompía a llover torrencialmente y guardó el fusil bajo el impermeable. Un viento terriblemente frío y potente se desató en aquel momento y casi le impidió avanzar. Pero simultáneamente brilló una cegadora exhalación que pareció dividir en dos el firmamento. El rayo alcanzó un alto edificio, brilló un fogonazo esplendente y la buhardilla se desprendió de los muros y cayó fragorosamente a pocos metros de distancia del doctor Haarman, que por un instante se detuvo, despavorido.

El trueno hizo vibrar salvajemente los muros y algunas losetas de pizarra se desprendieron de los tejados y se hicieron añicos contra el suelo.

Cuando llegó a la plaza, el rectángulo estaba vacío. O, mejor dicho: solo había una persona.

En medio de la desolada plaza, una figura se inclinaba sobre la apagada pira... ¡era Sonja!

Más allá, la torre del templo de Sirestadt se había desgajado del cuerpo principal de la construcción y se había desplomado oblicuamente sobre la plaza, atrapando bajo su pesada mole a numerosas personas.

Pálido y jadeante, chorreando agua, Karl llegó junto a Sonja, que estaba envolviendo cuidadosamente el cadáver de Henge Anfang en las dos sábanas del lecho de Haarman.

—Ha muerto, pero su cuerpo no llegó a ser mordido por las llamas —susurró la joven von voz apenas audible—. Lo pedí con todas mis fuerzas al Todopoderoso, rogué y rogué... Y creo que me ha escuchado.

Karl se agachó junto a ella, cuyo vestido estaba completamente empapado, y la miró con ansiedad a la lívida luz de los espantosos relámpagos.

—¿A qué te refieres, Sonja? —preguntó, forzando la voz para hacerse

oír por encima del fragor del trueno.

—Antes de que ellos llegasen y la prendieran, Henge me suplicó algo. Temía por encima de todo que convirtieran su cuerpo en cenizas, aunque no demostró ningún miedo a morir. «¡Si me queman por completo, mi alma jamás gozará de la vida eterna!», gemía, minutos antes de que aquellos criminales penetraran en la cabaña. Yo le prometí que haría cuanto estuviera en mi mano para evitarlo. Por eso he venido.

Karl apenas pudo reprimir una exclamación admirativa. Aquella muchacha se exponía a morir solo para evitar que el cadáver de una infeliz anciana se convirtiera en cenizas.

—Está bien —asintió—. Llevaremos a Henge al cementerio.

—¡No! —gritó la joven, enardecida—. Ella no quería que la enterraran allí.

—Pero ¿por qué? —inquirió Haarman, intrigado.

—Henge temía que Rolf Von Blaustein y sus sicarios desenterraran su cuerpo y lo profanaran. Además... en varias ocasiones, los lobos bajan al cementerio y desentierran y devoran los cadáveres. Ella no temía a los lobos, pero fue tajante a la hora de escoger su tumba: la mina de hierro de Korl-Kobasch. Yo llevaré su cuerpo a aquel lugar.

Haarman dejó escapar una exclamación ahogada. Brilló un relámpago y una casa próxima se abrió en dos y sus escombros rodaron lentamente hasta quedar por completo derruida.

—Sonja, eso que te propones es imposible —protestó—. Según tengo entendido, la mina de Korl-Kobasch se encuentra en la montaña a varios kilómetros de distancia.

—Lo sé —balbuceó la muchacha, que apenas podía expresarse, debido a sus encías destrozadas—. Sea como sea, hice una promesa y la cumpliré.

—Quiero ayudarte, Sonja, pero no sé cómo hacerlo. Los bosques y la montaña están infestados de lobos hambrientos. Además, jamás llegaríamos a la mina cargando con el cuerpo de Henge. ¡Es tan larga la distancia!

Ella asintió mudamente.

Y luego dijo:

—Necesitaremos un carruaje y un caballo resistente...

Como si sus palabras tuvieran la virtud de convertirse en realidad, en aquel instante oyeron un vertiginoso rumor de cascos y un caballo que tiraba de una carreta cruzó junto a la destrozada torre, intentó cruzar por encima del montón de escombros, pero no lo consiguió a pesar de los embates del animal, que parecía espantado por las centellas que caían con gran fragor casi ininterrumpidamente.

Karl se puso en pie, pálido.

Luego dejó el fusil en el suelo y corrió hacia los escombros. Tomó las riendas del caballo, le palmeó el cuello, susurró junto a sus orejas palabras

tranquilizadoras y el animal se tranquilizó un tanto.

Poco después, cargaban en el carruaje el cadáver amortajado de Henge. Para entonces, la violencia de la lluvia era tal que por las empinadas calles de Sirestadt bajaban verdaderos torrentes de aguas rojizas.

Compadecido, Karl comenzó a despojarse de su impermeable, que quería ofrecer a Sonja, pero ella lo rechazó con dulzura.

—Consérvalo tú. Yo no lo necesito —respondió.

Subieron al carruaje y Sonja tiró de las riendas con decisión. El caballo obedeció mansamente y arrastró al vehículo calle abajo con las ruedas sumergidas en el torrente hasta los bujes.

—¿Cómo podremos orientarnos hasta Korl-Kobasch? —gritó Haarman, inquieto—. El cielo está cubierto y la noche es muy oscura. No tenemos nada con que alumbrarnos, podemos despeñarnos...

Sonja no se inmutó.

—Los relámpagos iluminarán nuestro camino —respondió.

No se equivocaba: cada diez o doce segundos, una exhalación potentísima recorría la bóveda del cielo iluminado como si fuera de día la trocha por la que transitaban.

El caballo no daba muestras de cansancio y Sonja manejaba las riendas con manos firmes.

A veces, Karl se veía obligado a cerrar los ojos para no quedar ciego, tan fulgurantes eran los relámpagos. Sin embargo, Sonja parecía ajena a todo lo que no fuera proseguir la larga caminata ascendente a través de gargantas y ventisqueros, siempre con la amenaza próxima de los profundos precipicios.

Incluso Haarman se sentía maravillado de sí mismo. En otra ocasión, probablemente se hubiera sentido aterrado.

Y no era para menos: a ciegas o casi a ciegas entre precipicios, con la amenaza de las potentes exhalaciones eléctricas restallando sobre sus cabezas y llevando el cadáver de una anciana detrás, cualquier mortal se hubiera sentido asustado.

Pero ahora Karl no sentía ya ningún temor. Y era que su interés hacia la mujer que conducía el carruaje anulaba todos los miedos.

El diluvio no se interrumpió en ningún momento. Poco a poco, la persistente lluvia iba fundiendo la nieve en agua helada, que corría tumultuosa formando regatos y torrentes que bullían en la oscuridad.

Debían ser las seis de la mañana, cuando Sonja tiró de las riendas y el caballo se detuvo en una explanada llena de escorias.

—Es ahí —dijo. Y señaló la oscura bocamina situada junto a un farallón pétreo.

Descendieron.

Karl se sentía completamente aterido, pero la muchacha saltó ágilmente a tierra. Luego ambos tomaron el rígido cadáver de Henge Anfang, lo

descargaron del carruaje y lo trasladaron a la bocamina.

El doctor Haarman volvió a la explanada y desenganchó el caballo. Cuando volvió a la mina con el animal de las riendas, Sonja limpiaba cuidadosamente el cadáver de Henge, valiéndose del agua que corría abundante y limpia ante la caverna y un pedazo de tela arrancada de la mortaja.

Sonja bisbiseaba entre dientes. ¿Rezaba?

Instintivamente, también el doctor Haarman comenzó a murmurar una oración.

Capítulo 13

ROLF volvió al castillo de Blaustein maldiciendo y renegando.

Maldecía a los asustadizos aldeanos que habían salido huyendo en cuanto brilló el primer relámpago, resonó el trueno fragoroso y comenzó a caer la lluvia que apagó la pira donde debía asarse la vieja Henge.

Habían comenzado a gritar, excitados y poseídos de temor:

—¡Es ella, es Henge, que incluso muerta es capaz de vengarse de nosotros! —y el pánico cundió en breves minutos.

Maldecía también a los elementos desatados, e incluso renegaba de su caballo, el cual se había espantado con el sonido de los truenos y le había arrojado de la silla violentamente.

Sin embargo, admitía que aquel hecho podía tomarse como milagroso: si el caballo no le hubiera desmontado, Rolf estaría ahora muerto, pues un instante más tarde se derrumbó la torre del viejo templo y cayó sobre la plaza, aplastando a una treintena de personas y a su precioso alazán.

Tuvo que subir a pie hasta Blaustein, donde no brillaba una sola luz. En cuanto llegó, Rolf comenzó a gritar blasfemias.

—¿Dónde os habéis metido, malditas ratas? —gritaba bajo las sólidas bóvedas del palacio.

Recorrió las estancias, furioso, llamó a gritos a Kurd, pero este no apareció. Descendió a la zona del servicio, entró en la cocina. Los fogones estaban apagados y las estancias vacías.

Al fin, se dio por vencido: todos sus sirvientes habían huido, lo cual no era extraño, pues todos sin excepción abominaban de él en secreto.

—No los necesito para nada —barbotó Blaustein, soberbio—. Dispongo de todo cuanto quiero: manjares abundantes y vinos generosos, leña para calentar mis ateridos miembros y cómodos lechos donde descansar.

Fue a la bodega, seleccionó un par de botellas de vino añejo y cortó un enorme pedazo de un pernil de jamón. Con todo ello subió a sus habitaciones, mientras fuera rugía la tempestad que hacía vibrar las cristaleras.

Hacía demasiado frío y decidió encender lumbre bajo la chimenea de su biblioteca. Puso varios troncos convenientemente inclinados, añadió un

puñado de pasto y rascó una cerilla, que aproximó a la pequeña pira.

Cuando surgieron las llamas, Rolf se separó de un brinco.

—¡Diablos! —gruñó—. ¿Qué es eso?

Entre las rojizas llamaradas que brotaban de los troncos de robles surgía el rostro de Henge, que le miraba fijamente, acusador.

Rolf se demudó.

—¡No puede ser cierto! Debo ver visiones: he bebido demasiado a lo largo del día —se dijo.

Y arrojó una botella de vino con gran violencia a las llamas. La botella se hizo añicos y su contenido apagó el fuego incipiente.

Y el tétrico rostro de Henge desapareció.

Pero cada vez que volvía a encender el fuego, aquella cara aparecía entre las llamas, y le atormentaba.

Von Blaustein bebía una botella de vino tras otra y se mantenía ebrio durante todo el día.

El diluvio continuaba, entre tanto.

—Parece una maldición —se decía Rolf—. Se diría que nunca va a dejar de llover...

Y seguía lloviendo. Pero la temperatura era bajísima y Rolf temía encender fuego puesto que en cuanto surgían las llamas, Henge le espiaba desde el fuego hasta enloquecerle. Un rostro acusador que parecía decir: «Tú quisiste destruirme mediante el fuego y el fuego acabará por destruirte a ti».

Finalmente, decidió no volver a encender la chimenea. Vistió gruesas ropas y se puso encima su carísimo gabán de piel de nutria, pero ni esto ni siquiera el abuso de las bebidas alcohólicas le devolvía un mínimo de calor corporal: un frío de muerte atería constantemente sus miembros.

Transcurrieron tres días y seguía lloviendo sin parar. Una mañana Rolf Blaustein se asomó a la ventana y vislumbró el anchísimo lago que estaba a punto de anegar Sirestadt.

—¿Cómo es posible? —se preguntó alarmado. Y miró a través de su catalejo, en dirección al paso de Gurbach, la estrecha garganta que suponía la salida natural del valle de Nordsthal hacia la ciudad de Suntag. Y descubrió que se había formado allí una gran represa natural, formada por los colosales aludes, de forma que las aguas no podían escapar hacia el Sur y se embalsaban a velocidad vertiginosa en la hondonada sobre la que asentaba la aldea.

¿Por qué no escapaban aquellos estúpidos a la catástrofe? Rolf veía a algunas personas en los tejados de las casas que aún se mantenían en pie y no podía entender que aquellos torpes aldeanos no escapasen ahora, que todavía era tiempo.

Lo comprendió pocos días después, cuando Sirestadt desapareció bajo las aguas y el nivel de estas se acercaba peligrosamente a Blaustein. Esa

mañana, Rolf ensilló un caballo y se dirigió hacia el Este, hacia los espesos y altos bosques.

Aún no había cabalgado dos kilómetros, cuando una nutrida manada de lobos le cortó el paso. Rolf disparó hasta agotar su rifle, pero los lobos eran tan numerosos que tuvo que volver grupas y refugiarse de nuevo en Blaustein a un galope endemoniado. Dejó el caballo en el patio y este huyó fuera de la fortaleza: los lobos devoraron el animal en menos de media hora.

Y las aguas seguían subiendo inexorablemente. Rolf no se atrevía a desafiar a los lobos y por otra parte confiaba en que dejaría de llover en algún momento y las aguas se detendrían.

Refugiado en lo alto de la torre, todavía confiaba en ello cuando una noche, la fortaleza de Blaustein desapareció bajo el agua y Rolf vio llegar lentamente la muerte hasta exhalar el último suspiro.

Diez días después de la muerte de Henge, dejó de llover súbitamente. Desde su refugio elevado de Korl-Kobasch, Karl y Sonja oyeron una lejana y atronadora explosión.

—¡Las aguas están bajando! —exclamó el doctor Haarman, jubiloso. Y corrió al interior de la galería para reunirse con Sonja.

Se miraron profundamente. Habían enflaquecido mucho y se sentían debilitados y al borde de su resistencia física. Podían haber sacrificado el caballo, pero no lo hicieron, a pesar de que el hambre hacía mella en ellos. Y ahora se alegraban, porque precisamente en el caballo estaba su salvación.

Sonja plegó los labios y sonrió. Karl, que seguía mirándola, dejó escapar una exclamación de intenso estupor.

—¡Sonja, tus dientes!

—¿Mis dientes? —respondió ella. Y se tocó la boca con las yemas de los dedos y comprobó que no le faltaba ni una sola pieza de su dentadura.

—¿Cómo es posible? —exclamó el médico.

Ella sonrió levemente.

—Quizá Henge me legó alguna de sus artes mágicas —respondió.

Y Haarman no supo qué responder.

Al día siguiente emprendieron el viaje a Suntag, adonde llegaron dos jornadas después.

Sarah se asustó al encontrar al doctor tan pálido y enflaquecido, pero se apresuró a regresar a la cocina y preparar una comida «como es debido», para repetir sus palabras.

Algunos días después, las fuerzas del Ejército subieron a Sirestadt y recogieron centenares de cadáveres de entre las ruinas, que fueron

sepultados en el cementerio de la aldea.

Pero ni Sonja ni el doctor Haarman pensaban ya en esto. Una semana después se unieron en matrimonio y se asegura que fueron muy felices por el resto de sus vidas.

FIN



dinámico!



astuto!

divertido



entretenido, y

hace reír a carcajadas!



¡cómprala!

**ya está a la
venta**

REVISTA

CONDORITO

ES SIMPLEMENTE EXTRAORDINARIO...

{1} En alemán, el vocablo *Anfang* significa *principio*.